

Jane Austen



LADY SUSAN

Ilustraciones de
Javier Olivares



Lectulandia

Esta novela epistolar consta de 41 cartas escritas por y para los protagonistas principales. Es una obra de juventud, completa, pero que nunca la autora presentó para su publicación. Describe los planes de la protagonista, la recientemente viuda *Lady Susan*, mientras se busca un nuevo marido y a la vez intenta casar a su hija de 16 años con *Sir James*. Si bien el libro, con su foco en el estudio del carácter y la moral de las personas, está cerca de los otros trabajos publicados por Austen (*Sense and Sensibility* fue originalmente escrito en forma epistolar), su perspectiva es muy diferente, pues la (anti) heroína tiene pocos paralelos en la literatura del siglo XIX. *Lady Susan* es una mujer muy atractiva para su edad (más de treinta años) pero egoísta, quien intenta atrapar al marido más conveniente posible, mientras mantiene una relación con un hombre casado. La obra subvierte todas las normas de la novela romántica: ella tiene un papel activo, no sólo es hermosa, sino también inteligente e ingeniosa, y sus pretendientes son significativamente más jóvenes que ella (en contraste con *Sense and Sensibility* y *Emma*, que tratan de los matrimonios de hombres con esposas 16 años menores). Aunque el final incluye un premio de la moral tradicional, la misma *Lady Susan* es tratada mucho más suavemente que la adúltera de *Mansfield Park*, quien es severamente castigada.

Lectulandia

Jane Austen

Lady Susan

ePub r1.1

Titivillus 20.06.16

Título original: *Lady Susan*
Jane Austen, 1794
Traducción: Carme Camps
Ilustraciones: Javier Olivares

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



I

Lady Susan Vernon al señor Vernon

Langford, diciembre

Mi querido hermano:

No puedo seguir negándome el placer de aceptar la amable invitación que me hiciste la última vez que nos separamos de pasar algunas semanas con vosotros en Churchill, y, por lo tanto, si no os resulta inconveniente a ti y a la señora Vernon recibirme ahora, espero ser presentada dentro de unos días a una hermana a la que deseo conocer desde hace tanto tiempo. Mis amables, amigos en cuya residencia me alojo, insisten en que prolongue mi estancia con ellos, pero dado su talante generoso y alegre llevan una vida social demasiado activa para la situación y el estado emocional en que me encuentro y aguardo con impaciencia el momento de ser admitida en tu delicioso retiro.

Suspiro por conocer a tus queridos hijitos, en cuyos corazones estoy impaciente por hacerme un hueco. Pronto tendré ocasión de poner a prueba mi fortaleza, ya que me hallo a punto de separarme de mi propia hija. La larga enfermedad de su padre me impidió prestarle la atención que el deber y el afecto me dictaban a partes iguales, y tengo muchas razones para temer que la institutriz a cuyo cuidado la dejé no era adecuada para la tarea. Por lo tanto, he decidido que se quede interna en uno de los mejores colegios privados de la ciudad, donde podré dejarla yo misma de camino hacia tu casa. Como ves, tengo la seguridad de que no me será negada la entrada en Churchill. Me produciría sin duda alguna una gran aflicción saber que no te es posible acogermé en tu casa.

Tu hermana, con todo su afecto y agradecimiento,

S. Vernon



II

Lady Susan Vernon a la señora Johnson

Langford

Os equivocabais, mi querida Alicia, al suponer que me quedaría en este lugar el resto del invierno. Lamento mucho tener que comunicaros cuán errada estabais, pues en raras ocasiones he pasado tres meses más agradables que los que acaban de transcurrir sin darme cuenta. En estos momentos, todo se ha complicado. Las mujeres de la familia se han unido contra mí. Vos ya anticipasteis lo que ocurriría cuando vine a Langford, y Manwaring es tan sorprendentemente agradable que yo misma sentía cierto temor. Recuerdo que mientras me dirigía hacia la casa me dije: «Ese hombre me gusta; ¡roguemos al cielo para que eso no cause ningún daño!». Pero estaba decidida a comportarme con discreción, a no perder de vista el hecho de que sólo hace cuatro meses que enviudé y a permanecer lo más callada posible... y lo he cumplido, mi querida amiga: no he aceptado más atenciones que las de Manwaring. He evitado cualquier coqueteo en general; no he hecho diferencias con ninguna de las personas que se alojan en la casa, salvo con *sir James Martin*, a quien he prestado bastante atención para apartarle de la señorita Manwaring. Pero si supieran el motivo por el que me encuentro aquí, me encomiarían. Me han llamado mala madre, pero lo que me empujaba a seguir adelante era el sagrado instinto del afecto maternal, el bienestar de mi hija; y si esa hija no fuera la muchacha más bobalicona que existe sobre la faz de la tierra habría podido ver recompensados mis esfuerzos como merecía; *sir James* me hizo proposiciones para Frederica, pero Frederica, que nació para atormentarme, optó por ponerse tan violentamente en contra de ese matrimonio que pensé que era mejor dejar el plan para más adelante. Más de una vez me he arrepentido de no haberme casado yo con él, y si ese joven fuera un poquitín menos débil, defecto que no soporto, no os quepa duda de que lo haría, pero debo admitir que soy más bien romántica en ese aspecto, y que la riqueza por sí sola no logrará satisfacerme. Todo lo que ha ocurrido resulta muy enojoso. *Sir James* se ha marchado, Maria está que echa fuego, y la señora Manwaring, insoportablemente celosa; tan celosa, en resumen, y tan furiosa conmigo, que no me sorprendería que en su furia acudiera a su tutor si tuviera la libertad de dirigirse a él; pero en eso vuestro esposo es mi amigo, y la acción más bondadosa, más amigable de su vida fue no querer saber nunca nada de su matrimonio. Por ello os encargo que mantengáis vivo su resentimiento. Ahora nos hallamos en un estado de tristeza; nunca una casa se ha visto más alterada; toda la familia está en guerra, y Manwaring apenas se atreve a

dirigirme la palabra. Es hora de que me marche, y espero pasar una agradable jornada con vos en la ciudad dentro de una semana. Si gozo del poco favor de siempre por parte del señor Johnson, debéis acudir a verme a la siguiente dirección: 10, Wigmore St.; pero tengo la esperanza de que no sea así, pues el señor Johnson, a pesar de sus defectos, es un hombre al que siempre se aplica el calificativo de «respetable», y como es de conocimiento público que soy íntima de su esposa, su menosprecio hacia mí produce una impresión extraña. Pasaré por la ciudad de camino a ese insoportable lugar, una aldea, pues realmente voy a ir a Churchill. Perdonadme, mi querida amiga, pero es mi último recurso. Si existiera en Inglaterra otro lugar al que pudiera acudir, lo preferiría. Tengo aversión a Charles Vernon, y su esposa me causa miedo. Sin embargo, debo permanecer en Churchill hasta que tenga algo mejor en perspectiva. Mi joven damisela me acompaña a la ciudad, donde la dejaré a cargo de la señorita Summers, en Wigmore Street, hasta que entre un poco en razón. Allá tendrá ocasión de establecer relaciones provechosas, ya que todas las residentes pertenecen a buenas familias. El precio es elevadísimo, mucho más de lo que yo jamás podré pagar.

Adieu, os enviaré unas líneas en cuanto llegue a la ciudad.

Siempre vuestra,

S. Vernon

III

La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

Mi querida madre:

Lamento mucho comunicaros que no nos será posible cumplir nuestra promesa de pasar las Navidades con vos; nos impide gozar de esa alegría una circunstancia que no es probable que podamos remediar. *Lady Susan*, en una carta dirigida a su hermano, ha manifestado su intención de visitarnos casi de inmediato, y, dado que semejante visita con toda probabilidad se debe a una simple cuestión de conveniencia, es imposible hacer conjeturas respecto al tiempo que durará. No me hallaba en absoluto preparada para este acontecimiento, y tampoco puedo explicarme la conducta de la señora. Langford parecía ser exactamente el lugar ideal para ella en todos los aspectos, tanto por el elegante y lujoso estilo de vida que allí se lleva como por su especial estima hacia el señor Manwaring; aunque siempre imaginé que en algún momento nos veríamos obligados a acogerla, ya que desde la muerte de su esposo su trato con nosotros ha sido cada vez más frecuente, nada más lejos de mi pensamiento que esperar que nos honrara tan pronto con su presencia. Creo que el señor Vernon se mostró demasiado amable con ella cuando estuvo en Staffordshire. Su comportamiento con él, aparte de su carácter en general, fue tan imperdonablemente malintencionado y egoísta desde que se proyectó nuestro matrimonio, que nadie menos afable y pacífico que él lo habría tolerado; y, aunque como viuda de su hermano, y dada la precaria situación económica en que quedó, era pertinente que le prestara ayuda pecuniaria, no puedo por menos de pensar que su apremiante invitación a que nos visitara en Churchill era absolutamente innecesaria. Sin embargo, dispuesto como está siempre a pensar lo mejor de todo el mundo, la exhibición de pesadumbre, las demostraciones de tristeza y las promesas generales de prudencia que ella realizó fueron suficientes para ablandarle el corazón y hacerle creer en su sinceridad. Pero, en cuanto a mí, todavía no me ha convencido; y como ahora la señora ha escrito, no puedo tomar una decisión hasta que conozca mejor el verdadero motivo por el que acude a nosotros. Por lo tanto, podéis suponer, mi querida señora, con qué sentimientos aguardo su llegada. Tendrá la oportunidad de ganarse mi consideración por todos esos atractivos por los que es elogiada en la medida en que lo merezca, pero sin duda alguna pondré todo mi empeño en protegerme de su influencia, si no va acompañada de algo más valioso. Expresa un

impaciente deseo de conocerme y menciona de un modo sorprendentemente amable a mis hijos, pero no soy tan débil como para suponer que una mujer que ha demostrado poca atención, si no poca bondad, hacia su propia hija va a encariñarse con alguno de los míos. La señorita Vernon tiene que ingresar en un colegio de la ciudad antes de que su madre venga con nosotros, de lo cual me alegro, por su bien y por el mío. Debe de ser una ventaja para ella estar separada de su madre, y una muchacha de dieciséis años que ha recibido una educación tan espantosa no sería una compañía deseable por aquí. Sé que Reginald hace tiempo que desea conocer a esa cautivadora *lady* Susan, y contamos con que se una pronto a nuestro grupo. Me alegra saber que mi padre sigue tan bien, y os saluda con todo su amor...

Catherine Vernon



IV

El señor De Courcy a la señora Vernon

Parklands

Mi querida hermana:

Me alegra saber que tú y el señor Vernon estáis a punto de acoger en vuestra familia a la más experta seductora de toda Inglaterra. Como distinguido amante de la seducción que soy, siempre he oído decir que es una dama a la que tener en cuenta; pero últimamente han llegado a mis oídos algunos detalles de su conducta en Langford que demuestran que no se limita a esa clase de coqueteo honesto que satisface a la mayoría de la gente, sino que aspira a la más deliciosa gratificación de hacer infeliz a toda una familia. Su forma de comportarse con el señor Manwaring provocó celos y desdicha a la esposa de éste, y con sus atenciones hacia un joven que hasta entonces había estado muy encariñado con la hermana del señor Manwaring hizo que una joven adorable perdiera a su pretendiente. Me enteré de todo esto por el señor Smith, que ahora reside por esta zona (he cenado con él en Hurst and Wilford) y acaba de llegar de Langford, donde ha pasado quince días en casa de la señora y, por lo tanto, está bien informado para facilitar todos los detalles.

¡Qué mujer debe de ser! Me muero de ganas de verla, y sin duda alguna acepto tu amable invitación, para así formarme una idea de esos poderes de seducción tan extraordinarios, capaces de conquistar al mismo tiempo y en la misma casa el afecto de dos hombres, ninguno de los cuales es libre de ofrecerlo, y ello sin poseer el encanto de la juventud. Me alegró saber que la señorita Vernon no irá con su madre a Churchill, ya que ni siquiera posee educación para recomendarla y, según lo que me ha contado el señor Smith, es aburrida y orgullosa a partes iguales. Cuando el orgullo y la estupidez van unidos no hay disimulo que valga, y la señorita Vernon se verá abocada al implacable desprecio; pero, según toda la información que he podido reunir, *lady* Susan posee una capacidad para cautivar con engaños que debe de ser agradable de presenciar y descubrir. Estaré contigo muy pronto. Con afecto, tu hermano,

R. de Courcy

V

Lady Susan Vernon a la señora Johnson

Churchill

Recibí vuestra nota, mi querida Alicia, poco antes de irme de la ciudad, y me llena de satisfacción estar segura de que el señor Johnson no sospechó nada de vuestro compromiso de la víspera; indudablemente, es mejor que no sepa nada en absoluto; como seguirá obstinándose, hay que engañarle. Llegué a mi destino sana y salva y no tengo motivo alguno para quejarme de la forma en que me recibió el señor Vernon, pero confieso que no puedo decir lo mismo del comportamiento de su esposa. Es una mujer muy bien educada, no cabe duda, y posee un aire elegante, pero su actitud no logra convencerme de que esté bien dispuesta hacia mí. Deseaba ver en ella alguna muestra de alegría al verme; me comporté con la mayor afabilidad posible dadas las circunstancias, pero todo fue en vano: no le caigo bien. Claro está que si tenemos en cuenta que puse bastante empeño en impedir que mi cuñado se casara con ella, esa falta de cordialidad no es muy de sorprender; sin embargo, guardarme rencor por un proyecto que me afectaba y que al final no llegó a realizarse demuestra un carácter poco liberal y muy vengativo. A veces casi me arrepiento de no haber dejado que Charles comprara Vernon Castle cuando nos vimos obligados a venderlo, pero se trataba de una circunstancia muy penosa, en especial dado que la venta tuvo lugar exactamente al mismo tiempo que su matrimonio, y todos debían respetar los sentimientos de mi esposo, al que le habría resultado insoportable aceptar que su hermano menor tomara posesión de la hacienda familiar. Si se hubieran podido arreglar las cosas de modo que no hubiera sido necesario que nos marcháramos del castillo, si hubiéramos podido vivir con Charles y él se hubiera quedado soltero, a mí ni se me habría ocurrido convencer a mi esposo de vender el castillo a otra persona; pero Charles entonces estaba a punto de casarse con la señorita De Courcy, y eso me ha justificado. Aquí hay niños en abundancia, y ¿qué beneficio habría podido reportarme a mí que él comprara Vernon? El hecho de que lo impidiera tal vez causó mala impresión a su esposa, pero cuando existe la predisposición a que algo desagrade no hace falta ningún motivo; y en cuanto a los asuntos de dinero, no han sido ningún obstáculo para que me haya ayudado. En verdad le tengo estima, ¡es tan fácil de dominar!

La casa es bonita y el mobiliario elegante, y todo revela abundancia y distinción. Charles es muy rico, estoy segura; cuando un hombre ve su nombre en un banco es que está podrido de dinero. Pero no saben qué hacer con su fortuna, reciben a poca

gente y nunca van a la ciudad si no es por negocios. Me mostraré tan estúpida como me sea posible. Quiero decir para ganarme a mi cuñada a través de sus hijos; ya he aprendido todos sus nombres, y voy a mostrar especial predilección por uno en particular, el joven Frederic, al que siento en mi regazo dejando escapar suspiros pensando en su querido tío.

¡Pobre Manwaring! No es necesario que os diga cuánto le echo de menos; está siempre en mis pensamientos. Al llegar aquí encontré una deprimente carta suya, llena de quejas de su esposa y de su hermana, y de lamentaciones por la crueldad de su destino. A los Vernon les dije que era de su esposa, y cuando le escriba tendré que dirigíroslo a vos para disimular.

Siempre vuestra,

S. Vernon

VI

La señora Vernon al señor De Courcy

Churchill

Bien, mi querido Reginald, ya he visto a esa peligrosa criatura y debo describirtela, aunque espero que pronto puedas formarte tu propia opinión. En verdad es hermosa en exceso. Aunque puedes optar por poner en duda los atractivos de una dama que ya no es joven, por mi parte debo declarar que raras veces he visto a una mujer más adorable que *lady* Susan. Tiene el cabello de un delicado color castaño claro, unos bonitos ojos grises y las pestañas oscuras, y por su aspecto no le echarías más de veinticinco años, aunque en realidad debe de tener diez más. Sin duda no me hallaba yo predispuesta a admirarla, aunque siempre había oído decir que era hermosa; pero no puedo por menos de sentir que posee una simetría, una tersura y una elegancia fuera de lo común. Su actitud hacia mí fue tan amable, abierta e incluso afectuosa que, si no hubiera sabido hasta qué punto yo le desagradaba por haberme casado con el señor Vernon y que nunca nos habíamos visto, habría podido creer que era una amiga íntima. A menudo se confunde la seguridad en una misma con la coquetería, y se cree que una forma insolente de dirigirse a los demás va acompañada por fuerza de una mente insolente; yo, al menos, esperaba un nivel impropio de desenvoltura en *lady* Susan, pero su rostro es absolutamente dulce y su voz y actitud encantadoramente suaves. Lamento que sea así, pues ¿qué es sino un engaño? Por desgracia la conocemos demasiado bien. Es lista y agradable, conoce todas esas cosas del mundo que hacen que conversar le resulte fácil, y habla muy bien, con un feliz dominio del lenguaje, lo cual creo que se utiliza con demasiada frecuencia para lograr que lo negro parezca blanco. Ya casi me ha hecho creer que está muy unida a su hija, aunque hasta el momento he estado convencida de lo contrario. Habla de ella con gran afecto y preocupación, lamentando con amargura haber sido negligente con respecto a su educación, lo cual ella presenta, no obstante, como algo tan absolutamente inevitable que me veo obligada a recordar cuántas primaveras sucesivas la señora pasó en la ciudad mientras su hija permanecía en Staffordshire, al cuidado de la servidumbre o de un ama de llaves no mucho mejor, lo que impide que me crea lo que dice.



Si su comportamiento ejerce tanta influencia en mi corazón resentido, puedes adivinar con cuánta fuerza la ejerce en el carácter generoso del señor Vernon. Ojalá pudiera estar yo tan satisfecha como él, estar segura de que realmente fue ella quien decidió dejar Langford para venir a Churchill; y, si no hubiera estado allí tres meses hasta que descubrió que el estilo de vida de sus amigos no encajaba con su situación y sus sentimientos, habría podido creer que la aflicción por la pérdida de un esposo como el señor Vernon, hacia el que su propia conducta distaba mucho de ser irreprochable, tal vez la había impulsado a querer gozar de un período de retiro. Mas me cuesta olvidar la dilatada visita a los Manwaring, y cuando reflexiono sobre el estilo de vida que llevaba con ellos, tan diferente del que ahora tiene que seguir, sólo puedo suponer que el motivo que le hizo marcharse de la casa de una familia en la que en realidad debía de pasárselo especialmente bien fue el de rehacer su reputación siguiendo, aunque tarde, la senda del decoro. Sin embargo, la historia que te contó tu amigo el señor Smith no puede ser del todo cierta, ya que mantiene correspondencia con la señora Manwaring de forma regular; en cualquier caso, tiene que ser exagerada. No es posible que pueda engañar tan burdamente a dos hombres a la vez.

Siempre tuya...,

Catherine Vernon

VII

Lady Susan Vernon a la señora Johnson

Churchill

Mi querida Alicia:

Sois muy buena al ocuparos de Frederica, y os lo agradezco, pues es una muestra de amistad; pero como no me cabe la menor duda de esa amistad, me opongo a exigiros semejante sacrificio. Es una muchacha estúpida y no posee nada que la haga atractiva. Por lo tanto, no quiero bajo ningún concepto que malgastéis un solo instante de vuestro precioso tiempo enviándola a Edward St., en especial porque cada visita le quita muchas horas de su educación, que es el asunto más importante del que realmente deseo que se ocupe mientras se aloje en casa de la señorita Summers. Quiero que toque y cante con cierto gusto y mucha seguridad en sí misma, ya que posee mis cualidades para el piano y una voz tolerable. A mí me mimaron tanto en los años de mi infancia que nunca me obligaron a nada, y en consecuencia no he logrado tener nada de lo que una mujer hermosa necesita para ser completa. No es que defienda la moda tan de actualidad de adquirir un conocimiento perfecto de todas las lenguas, las artes y las ciencias. Dominar el francés, el italiano, el alemán es perder el tiempo; con la música, el canto, el dibujo y todas esas cosas una mujer recibirá algunos aplausos, pero eso no añadirá un amante a su lista. Al fin y al cabo, la elegancia y la conducta social son de la mayor importancia. Por lo tanto, lo que pretendo es que los conocimientos que Frederica adquiera sean sólo superficiales, y creo que hago bien en no dejar que permanezca en el colegio el tiempo suficiente para comprender nada muy a fondo. Espero verla como esposa de *sir* James en el plazo de doce meses. Ya sabéis en qué baso mis esperanzas, y no cabe duda de que es una buena base, pues la escuela debe de resultar muy humillante para una muchacha de la edad de Frederica; y, a propósito, por esa razón preferiría que no la invitarais más, ya que deseo que su situación le resulte lo más desagradable posible. Estoy segura de que *sir* James aparecerá en cualquier momento, y podría lograr que renovara su proposición, por escrito. Entretanto os pido que cuando vaya a la ciudad os toméis la molestia de impedir que forme cualquier otra alianza; invítadle a vuestra casa de vez en cuando y habladle de Frederica para que no se olvide de ella.

En conjunto estoy extremadamente satisfecha de cómo he llevado este asunto, y lo considero una muy feliz mezcla de circunspección y ternura. Algunas madres habrían insistido en que sus hijas aceptaran a la primera una oferta tan buena, pero no

me vi capaz de obligar a Frederica a contraer matrimonio con alguien contra el que su corazón se rebelaba; y en lugar de adoptar una medida tan severa me propongo que sea ella quien lo decida haciendo que su vida sea absolutamente insoportable hasta que le acepte. Pero basta ya de hablar de esa pesadez de niña.

Seguramente os preguntaréis cómo me las apañó para pasar el tiempo aquí, y os diré que la primera semana fue insoportablemente aburrida. Ahora, sin embargo, esto se está empezando a animar; nuestro grupo ha aumentado con la llegada del hermano de la señora Vernon, un apuesto joven que me da la impresión de que me hará la estancia algo más divertida. Hay algo en él que me interesa bastante, una especie de desvergüenza, de familiaridad, que le enseñaré a corregir. Es vivaz y parece listo, y cuando haya conseguido que me tenga más respeto del que los amables oficios de su hermana le han inculcado, puede resultar agradable coquetear con él. Dominar un espíritu insolente, lograr que una persona a la que han predispuesto en tu contra reconozca tu superioridad, produce un placer exquisito. Ya le he desconcertado con mi reserva y mi calma; y ésa será mi conducta para aplastar aún más el orgullo de esos prepotentes De Courcy, para convencer a la señora Vernon de que sus fraternales precauciones fueron ofrecidas en vano y para persuadir a Reginald de que su hermana le engañó de forma escandalosa con respecto a mí. Este proyecto servirá al menos para divertirme y hará más llevadera esta terrible separación de vos y de todos a los que amo. *Adieu.*

Siempre vuestra,

S. Vernon

VIII

La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

Mi querida madre:

No esperéis que Reginald regrese en bastante tiempo. Es su deseo que os diga que el actual buen tiempo le impulsa a aceptar la invitación del señor Vernon a prolongar su estancia en Sussex para tener la oportunidad de ir a cazar juntos. Tiene intención de enviar por sus caballos de inmediato y es imposible decir cuándo le veréis en Kent. No disimularé ante vos mis sentimientos, mi querida señora, pero creo que será mejor que no se los comunicuéis a mi padre, cuya excesiva preocupación por Reginald le produciría tal alarma que podría afectarle gravemente a su salud y a su estado de ánimo. No cabe duda de que *lady* Susan ha encontrado la manera de gustarle a mi hermano en el plazo de quince días. En resumen, estoy convencida de que la prolongación de su estancia aquí se debe tanto a cierto grado de fascinación por ella como al deseo de cazar con el señor Vernon y, por lo tanto, la duración de la visita de mi hermano no puede producirme el placer que en otra situación me proporcionaría. La astucia de esa mujer sin principios en verdad me irrita. ¿Qué mayor prueba de sus peligrosas habilidades puede haber que este cambio de opinión de Reginald, quien cuando llegó a la casa estaba tan en contra de ella? En su última carta me contaba algunos detalles de la conducta de *lady* Susan en Langford, tal como se los había dado un caballero que la conocía muy bien, que de ser ciertos provocan aversión hacia ella, y el propio Reginald estaba dispuesto a darles crédito. Estoy segura de que tenía una opinión de ella tan mala como la de cualquier mujer de Inglaterra, y cuando llegó resultaba evidente que no la consideraba merecedora ni de consideración ni de respeto, y que le parecía que estaría encantada con las atenciones de cualquier hombre inclinado a coquetear con ella.

Confieso que la conducta de esa mujer ha sido calculada para hacer desaparecer esa idea; no he percibido en ella la más mínima impropiedad —ni asomo de vanidad, de pretensión o de ligereza— y es tan sumamente atractiva que no me extrañaría que él estuviera encantado con ella, de no haber sabido nada antes de conocerla personalmente; pero, contra toda razón, contra toda convicción, me llena de asombro que ella le complazca tanto como estoy segura de que le complace. Al principio le tenía gran admiración, pero no más de lo natural; y no me extrañó que le impresionaran tanto la gentileza y la delicadeza de su actitud; pero, últimamente,

cuando la ha mencionado lo ha hecho en términos extraordinariamente elogiosos, y ayer llegó a decir que no le sorprendía en absoluto el efecto que tal encanto y tales aptitudes producían en el corazón de los hombres; y cuando como respuesta me lamenté de su mala conducta, él observó que si había cometido muchos errores, había que atribuirlos a la educación negligente que había recibido y a haber contraído matrimonio a una edad temprana, y que era una mujer maravillosa.

Esta tendencia a excusar su conducta o a quitarle importancia, en el calor de la admiración, me irrita; y si no supiera que Reginald se encuentra demasiado a gusto en Churchill para necesitar que le inviten a prolongar su visita, me sabría mal que el señor Vernon lo hiciera.

Las intenciones de *lady* Susan son, desde luego, de absoluta coquetería o un deseo de admiración universal. No puedo imaginar ni por un instante que tiene algo más serio en perspectiva, pero me mortifica ver que engaña a un joven con el sentido común de Reginald.

Vuestra hija...

Catherine Vernon



IX

La señora Johnson a lady Susan Vernon

Edward Street

Mi queridísima amiga:

Me alegro por vos de la llegada del señor De Courcy, y os aconsejo encarecidamente que os caséis con él; su padre posee un patrimonio considerable, lo sabemos, y creo que, por supuesto, vinculado. *Sir* Reginald es muy enfermizo, y no es probable que se interponga en vuestro camino mucho tiempo. Me han hablado muy bien del joven, y aunque nadie realmente puede mereceros, mi queridísima Susan, puede que valga la pena quedaros con el señor De Courcy. Manwaring se pondrá como una fiera, por supuesto, pero no os costará calmarle; además, el pundonor más escrupuloso no os exigiría esperar a su emancipación. He visto a *sir* James; la semana pasada vino a la ciudad a pasar unos días y visitó algunas veces Edward Street. Le hablé de vos y de vuestra hija, y está tan lejos de haberos olvidado que estoy segura de que con gusto se casaría con cualquiera de las dos. Le di esperanzas de que Frederica cedería y le comenté lo mucho que había mejorado. Le regañé por pretender a Maria Manwaring; él protestó diciendo que no había sido nada serio, y los dos nos reímos a gusto por el disgusto que ella se llevó; en resumen, pasamos un rato muy agradable. Es tan tonto como siempre.

Vuestra afectísima,

Alicia

X

Lady Susan Vernon a la señora Johnson

Churchill

Os estoy muy agradecida, mi querida amiga, por vuestro consejo respecto al señor De Courcy, el cual sé que me disteis con la plena convicción de su conveniencia, aunque estoy decidida a no seguirlo. No puedo tomar una decisión tan seria como contraer matrimonio, en especial dado que en la actualidad no me encuentro necesitada de dinero y, hasta la muerte del anciano caballero, esa unión tal vez me beneficiara muy poco. Ciertamente es que soy lo bastante vanidosa para creer que se halla a mi alcance. Le he hecho notar el poder que poseo y ahora puedo gozar del placer de triunfar sobre una mente preparada para que yo le desagrade y llena de prejuicios contra todas mis acciones pasadas. Su hermana también está convencida, o eso espero, de lo poco que sirven las descripciones poco generosas y desfavorables de otra persona cuando contradicen la influencia inmediata del intelecto y de la actitud. Me doy cuenta con toda claridad de que le incomoda que su hermano tenga una opinión cada vez mejor de mí, y de ello deduzco que por su parte hará todo lo posible para compensarlo; pero después de haberle hecho dudar una vez de si la opinión que tenía de mí era justa, creo que puedo desafiarla.

Me ha resultado delicioso observar sus insinuaciones para conseguir una mayor intimidad, en especial ver cómo ha cambiado su actitud porque me reprimo y me comporto con serena dignidad, su insolente paso a la familiaridad directa. Mi conducta siempre ha sido igualmente cautelosa desde el principio, y nunca he coqueteado menos en toda mi vida, aunque quizá nunca había tenido tan claro mi deseo de dominar. Le he dominado mediante el sentimiento y la conversación seria, y puedo atreverme a decir que le he «medio» enamorado sin que haya dado la menor impresión de haber existido el más leve coqueteo. La señora Vernon es tan consciente de que merece toda clase de venganza que esté en mi mano infligirle, por sus malos oficios, que podría percibir que sigo un plan de conducta amable y modesta. Sin embargo, dejemos que piense y actúe como quiera; todavía no he visto nunca que el consejo de una hermana impidiera que un joven se enamorara de quien quisiera. Ahora nos encaminamos hacia una especie de confianza, y en breve es probable que nos entreguemos a algo así como una amistad platónica. Por mi parte, podéis estar segura de que nunca pasará de ahí, pues aunque no me sintiera ya tan unida a otra persona como se pueda una sentir, no estaría dispuesta a ofrecer mi afecto a un hombre que se ha atrevido a pensar tan miserablemente de mí.

Reginald posee una buena figura y es merecedor de las alabanzas que habéis oído prodigarle, pero aun así no está a la altura de nuestro amigo de Langford. Está menos pulido, es menos seductor que Manwaring y, en comparación, es escasa su capacidad de decir esas cosas deliciosas que a una la hacen sentirse a gusto consigo misma y con el mundo entero. Sin embargo, es lo bastante agradable como para proporcionarme diversión y para lograr que muchas horas, que de otro modo pasaría poniendo todo mi empeño en vencer la reserva de mi cuñada y escuchando la insípida conversación de su esposo, transcurran de un modo muy agradable.

Lo que me contáis de *sir* James es de lo más satisfactorio, y tengo intención de insinuarle algo de mis intenciones a la señorita Frederica dentro de poco.

Vuestra...,

S. Vernon



XI

La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

En verdad estoy cada vez más preocupada por Reginald, mi queridísima madre, ya que estoy presenciando con qué rapidez aumenta la influencia que en él ejerce *lady* Susan. Ahora mantienen una relación de amistad muy particular, enfrascados con frecuencia en largas conversaciones los dos solos, y ella se las ha ingeniado, mediante el más taimado coqueteo, para hacerle cambiar de opinión a favor de sus propósitos. Es imposible ver sin cierta alarma la intimidad que se ha creado entre ellos de forma tan rápida, aunque me cuesta creer que los objetivos de *lady* Susan vayan tan lejos como para pensar en casarse con él. Me gustaría que pudierais hacer volver a Reginald a casa, con cualquier excusa plausible. No se halla en absoluto dispuesto a dejarnos, y le he hecho tantas insinuaciones sobre el precario estado de salud de mi padre como la decencia me permite hacer en mi propia casa. El poder que ejerce sobre él debe de ser ilimitado, ya que la mala opinión que tenía de ella ha desaparecido por completo y, por añadidura, ha conseguido no sólo que olvide su conducta, sino incluso que la justifique. Ahora Reginald está convencido de que lo que le contó el señor Smith de su comportamiento en Langford, acusándola de haber logrado que el señor Manwaring y un joven comprometido con la señorita Manwaring se enamoraran locamente de ella, lo cual Reginald creía a pies juntillas cuando vino a Churchill, se trata tan sólo de una escandalosa invención. Me lo ha dicho de una manera tan vehemente que dejaba traslucir que lamentaba haber creído lo contrario.

¡Cuán sinceramente deploro que esa mujer haya entrado en esta casa! Siempre había aguardado su llegada con inquietud, pero nunca imaginé que sería causa de desazón en Reginald. Esperaba que fuera para mí una compañía de lo más desagradable, pero no cabía en mi imaginación que mi hermano corriera el más mínimo peligro de quedar cautivado por una mujer cuyos principios él conocía tan bien y cuyo carácter él despreciaba tan enérgicamente. Será beneficioso que le alejéis de aquí.

Con afecto, siempre vuestra,

Catherine Vernon

XII

Sir Reginald de Courcy a su hijo

Parklands

Sé que los jóvenes en general no admiten preguntas ni siquiera de sus parientes más cercanos sobre los asuntos del corazón; mas espero, mi querido Reginald, que tú seas superior a los que no les importa nada la preocupación de un padre y se creen poseedores del privilegio de rechazar su confianza y no hacer caso de su consejo. Debes ser consciente de que como único hijo varón y representante de una antigua familia, tu conducta en la vida es de sumo interés para tus relaciones. En especial en lo que respecta al importante asunto del matrimonio, todo está en juego; tu propia felicidad, la de tus padres y la reputación de tu apellido. No creo que de forma deliberada adquieras un compromiso de esa naturaleza sin informar a tu madre y a mí mismo, o al menos sin estar convencido de que aprobaríamos tu elección; pero no puedo por menos de temer que te veas arrastrado al matrimonio por la dama con la que últimamente te has encaprichado, lo que toda tu familia, próxima y lejana, reprobaría sobremanera.

La edad de *lady* Susan ya es en sí misma una objeción material, pero su mala fama es tan grave que, en comparación, la diferencia de doce años carece de importancia. Si no estuvieras cegado por una especie de fascinación, sería ridículo que te repitiera los casos de grave mala conducta por su parte, tan bien conocidos por todos. Su comportamiento negligente con su esposo, su actitud provocativa con otros hombres, su despilfarro y disipación fueron tan grandes y notorios que nadie pudo dejar de verlos en su momento y tampoco puede ahora haberlos olvidado. La bondad del señor Charles Vernon nos la ha presentado siempre a nuestra familia con unos colores tamizados; y, no obstante, a pesar de sus generosos esfuerzos por excusarla, sabemos que ella hizo todo lo posible para impedir que se casara con Catherine por motivos de lo más egoístas.

Mi edad y mis crecientes achaques me hacen estar deseoso, mi querido Reginald, de verte establecido en el mundo. En cuanto a la fortuna de tu esposa, siendo tan grande la mía, carecerá de importancia para mí, pero su familia y su reputación han de ser intachables por igual. Cuando hayas elegido de forma tan firme que no se pueda poner objeción alguna a ninguna de las dos, te prometo que te daré mi rápido y feliz consentimiento; pero es mi deber oponerme a una unión cuya profunda astucia sólo podría hacer probable y, al final, con toda seguridad, desgraciada.

Es posible que su conducta sólo sea producto de la vanidad, o un deseo de

ganarse la admiración de un hombre al que debe de imaginarse particularmente lleno de prejuicios contra ella; pero es más probable que sus intenciones vayan más allá. Es una mujer pobre, y es natural que busque una alianza que le resulte ventajosa. Tú conoces tus derechos, y sabes que no está en mi poder impedir que heredes las propiedades de la familia. Causarte preocupación durante mi vida sería una especie de venganza a la que no podría doblegarme bajo ninguna circunstancia. Te digo con toda sinceridad cuáles son mis sentimientos y mis intenciones. No deseo provocarte temores, sino influir en tu sensatez y afecto. Saber que te has casado con *lady* Susan Vernon destruiría la tranquilidad de mi vida. Supondría la muerte de ese honesto orgullo que hasta ahora he sentido por mi hijo; me sonrojaría al verle, al oírle, al pensar en él.

Tal vez no haga bien escribiéndote esta carta, tan sólo sirva para aliviar mi mente; pero siento que es mi deber decirte que tu debilidad por *lady* Susan no es ningún secreto para tus amigos y, asimismo, debo advertirte contra ella. Sería muy grato para mí conocer tus razones para no creer en la información que te dio el señor Smith; hace un mes no te cabía ninguna duda de su autenticidad.

Si puedes asegurarme que tus intenciones no van más allá de disfrutar de la conversación de una mujer inteligente durante un breve período de tiempo, y de rendir admiración sólo a su belleza y a sus habilidades sin que éstas te impidan ver sus defectos, me devolverás la felicidad; pero si no puedes hacerlo, explícame al menos qué es lo que te ha hecho cambiar tanto de opinión.

Quedo de ti...

Reginald de Courcy

XIII

Lady De Courcy a la señora Vernon

Parklands

Mi querida Catherine:

Lamentablemente, cuando llegó tu última misiva me hallaba confinada en mi habitación debido a un resfriado que me afectó tanto a los ojos que me impidió leerla yo misma, por lo que no pude negarme a que lo hiciera tu padre cuando se ofreció a hacerlo por mí, con lo cual se enteró, para mi gran irritación, de todos tus temores sobre tu hermano. Yo tenía intención de escribir a Reginald en cuanto mis ojos me lo permitieran, para señalarle de la mejor manera posible el peligro que suponía para un joven de su edad y elevadas expectativas frecuentar tanto a una mujer tan astuta como *lady* Susan. Pretendía, por añadidura, recordarle que ahora estamos muy solos y que le necesitamos mucho para mantener el ánimo durante estas largas veladas de invierno. Ahora nunca sabremos si habría servido de algo, pero estoy enormemente irritada porque *sir* Reginald se haya enterado de un asunto que preveíamos que le causaría tanto desasosiego. Captó todos tus temores en cuanto leyó tu carta, y estoy segura de que desde entonces no se ha quitado el asunto de la cabeza; envió una carta a Reginald mediante el mismo correo, una larga carta en la que se lo exponía todo con claridad y en la que le pedía, en particular, una explicación de lo que podía haber oído de *lady* Susan que no se ajustara a las últimas noticias tan turbadoras que había recibido. Esta mañana ha llegado su respuesta, la cual te adjunto, ya que creo que te gustará leerla; ojalá fuera más grata, pero parece escrita con tantas ganas de pensar bien de *lady* Susan que lo que asegura respecto a casarse y todo eso no deja tranquilo mi corazón. Sin embargo, digo todo lo que puedo para que tu padre esté satisfecho, y sin duda está menos intranquilo desde que ha leído la carta de Reginald. Qué enojoso es, mi querida Catherine, que esta indeseable invitada tuya no sólo haya impedido que nos reunamos esta Navidad, sino que además sea motivo de tanto disgusto y preocupación. Besos para los niños de mi parte.

Con afecto, tu madre,

C. de Courcy



XIV

El señor De Courcy a sir Reginald

Churchill

Mi estimado señor:

Acabo de recibir vuestra misiva, que me ha causado más asombro del que jamás había sentido. Supongo que debo agradecerle a mi hermana el haberos hablado de mí de una manera que perjudica vuestra opinión sobre mi persona y os causa tanta alarma. No sé qué motivo le habrá impulsado a preocuparse y a preocupar a su familia temiendo un hecho que nadie, salvo ella misma, puedo afirmar, jamás habría creído posible. Atribuirle semejante plan a *lady* Susan significa desposeerla de esa excelente perspicacia que ni sus más acérrimos enemigos jamás le han negado; e igualmente escaso debe de ser el sentido común que creo tener si mi comportamiento con ella me hace sospechoso de perspectivas matrimoniales. Nuestra diferencia de edad es una objeción irrefutable, y os ruego, señor, que calméis vuestra mente y no alberguéis una sospecha que no puede ser más perjudicial para vuestra propia paz que para nuestro entendimiento.

Mis planes con respecto a *lady* Susan no pueden ser otros más que disfrutar durante un breve período de tiempo (como vos mismo lo expresasteis) de la conversación de una mujer que posee una elevada capacidad intelectual. Si la señora Vernon hubiera atribuido la duración de mi visita al afecto que siento por ella y por su esposo, nos haría más justicia a todos; pero, por desgracia, mi hermana tiene tantos prejuicios contra *lady* Susan que no cabe esperanza alguna de convencerla. Como está tan unida a su esposo, lo cual en sí mismo les honra a los dos, no puede perdonarle a esa dama todo lo que hizo para impedir su matrimonio, lo que atribuyó a egoísmo por su parte. Pero, en este caso, así como en otros muchos, el mundo la ha ofendido en grado sumo suponiendo lo peor cuando los motivos de su conducta han sido dudosos.

Lady Susan se había enterado de algo tan perceptiblemente desfavorable de mi hermana que estaba convencida de que si se casaba con el señor Vernon, a quien siempre había estado muy unida, éste vería destruida su felicidad. Y esta circunstancia, además de explicar el verdadero motivo de la conducta de *lady* Susan y exonerarla de toda la culpa que se le ha atribuido con prodigalidad, puede asimismo convencernos de cuán poco crédito hay que conceder a la información en general que alguien nos proporciona, ya que nadie, por muy recta que sea la persona, puede

escapar a la malevolencia de la difamación. Si mi hermana, segura en su aislamiento, con tan poca oportunidad como inclinación a cometer ninguna mala acción, no podía evitar censurarla, nosotros no debemos precipitarnos a condenar a aquellos que, viviendo en el mundo y estando rodeados de tentaciones, son acusados de cometer errores que se sabe que están expuestos a cometer.

Yo mismo me reprocho severamente haber creído con tanta facilidad las escandalosas historias inventadas por Charles Smith para perjudicar a *lady Susan*, pues ahora estoy convencido de cuánto la han denigrado. Respecto al tema de los celos de la señora Manwaring, se lo inventó él por completo; y la historia de que se había encaprichado con el pretendiente de la señorita Manwaring apenas si tenía mayor fundamento. Esa joven damisela había invitado a *sir James Martin* para que le prestara un poco de atención, y como es un hombre con fortuna, es fácil comprender que sus intenciones iban encaminadas hacia el matrimonio. Es bien sabido que la señorita Manwaring va sin ambages a la caza de marido, y por lo tanto nadie puede sentir lástima de ella por haber perdido la oportunidad, dados los superiores atractivos de otra mujer, de hacer completamente desdichado a un hombre respetable. *Lady Susan* estaba muy lejos de pretender semejante conquista, y al ver con cuán ardiente rencor reaccionaba la señorita Manwaring al verse abandonada por su pretendiente, decidió, pese a los más que insistentes ruegos del señor y de la señora Manwaring, marcharse de aquella casa. Tengo razones para imaginar que recibió proposiciones serias de *sir James*, pero su partida de Langford inmediatamente después de descubrir que él le había tomado afecto debe absolverla de toda culpa en ese asunto y atribuirle la mayor sinceridad. Estoy seguro, mi estimado señor, de que captaréis la verdad de este razonamiento y de que aprenderéis con ello a hacer justicia a la reputación de una mujer que ha resultado muy dañada.

Sé que *lady Susan* vino a Churchill guiada sólo por las más honrosas y amables intenciones. Su prudencia y economía son ejemplares, su consideración hacia el señor Vernon es la que él se merece y su deseo de que mi hermana tenga una buena opinión de ella merece mejor trato del que ha recibido. Como madre es intachable. El hecho de haber dejado a su hija en un lugar donde recibirá una educación adecuada demuestra el gran afecto que siente por ella; pero como no posee la ciega y frágil parcialidad de la mayoría de las madres, se la acusa de carecer de ternura maternal. Sin embargo, cualquier persona sensata sabrá valorar y aprobar su afecto y deseará como yo que *Frederica Vernon* pueda demostrar que es más merecedora del tierno cuidado de su madre de lo que ha demostrado hasta ahora.

He escrito, mi estimado señor, lo que verdaderamente siento por *lady Susan*; por esta carta sabréis cuánto admiro sus aptitudes y estimo su carácter; pero si no os convencen completamente mis absolutas y sinceras explicaciones de que vuestros temores han sido forjados en vano, me sentiré profundamente disgustado y afligido.

Vuestro hijo,



La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

Mi querida madre:

Os devuelvo la carta de Reginald y me alegro de todo corazón de que ésta haya proporcionado alivio a mi padre. Decídselo así, con mi enhorabuena; aunque, entre nosotras, debo admitir que sólo me ha convencido de que mi hermano no tiene intención de casarse con *lady* Susan ahora, pero no de que no corra el peligro de hacerlo dentro de tres meses. Relata de una forma muy convincente la conducta de esa mujer en Langford; ojalá fuera cierta, pero la información de mi hermano debe proceder de ella, y estoy menos dispuesta a creerla que a lamentar el grado de intimidad existente entre ellos según da a entender el relato que hace del asunto.

Siento haberle molestado, pero no cabe esperar nada mejor mientras le preocupe tanto justificar a *lady* Susan. Es muy severo conmigo, y no obstante espero no haberme apresurado a juzgarla. ¡Pobre mujer!, aunque tengo razones suficientes para que me desagrade, en estos momentos no puedo por menos de sentir lástima por ella, ya que está pasando un verdadero disgusto y con motivo suficiente. Esta mañana ha recibido una carta de la dama a cargo de la cual dejó a su hija, en la que le rogaba que fuera a recoger a la señorita Vernon de inmediato, pues la habían pillado en un intento de fuga. Por qué o adónde pretendía ir no se sabe; pero como al parecer su situación no estaba mal, es triste y, por supuesto, ha disgustado en gran manera a *lady* Susan.

Frederica debe de tener ya dieciséis años y debería saber lo que hace; pero por lo que insinúa su madre me temo que es una muchacha perversa. Lamentablemente, no ha recibido la atención necesaria y su madre debería recordarlo.

El señor Vernon partió a la ciudad en cuanto ella hubo decidido lo que había que hacer. Tiene que conseguir que la señorita Summers permita que Frederica siga con ella, y si no lo consigue, traerla a Churchill de momento, hasta que se encuentre otra solución. Entretanto, la señora se consuela paseando junto a los setos con Reginald, requiriendo todos sus tiernos sentimientos, supongo, en esta desagradable situación. Me ha estado hablando mucho del asunto. Habla inmensamente bien; tengo miedo de ser poco generosa, o debería decir que habla demasiado bien para sentirse tan afectada. Pero no le buscaré faltas. Puede que se convierta en la esposa de Reginald. ¡Que el cielo no lo permita!, pero ¿por qué iba a ser yo más perspicaz que nadie? El señor Vernon declara que nunca la había visto más disgustada que al recibir la carta,

¿y su opinión vale menos que la mía?

Lady Susan no estaba dispuesta a permitir que *Frederica* viniera a *Churchill*, y lo encuentro justo, ya que parece una especie de recompensa a una conducta que merece algo muy diferente. Pero era imposible llevarla a ninguna otra parte, y no se quedará aquí mucho tiempo.

«Será absolutamente necesario —dijo—, como bien debes de comprender, mi querida hermana, tratar a mi hija con cierta severidad mientras esté aquí; una necesidad de lo más doloroso; pero yo pondré todo mi empeño en hacerlo. Me temo que con demasiada frecuencia he sido indulgente, pero el temperamento de mi pobre *Frederica* nunca ha tolerado bien que se opongán a ella. Debéis apoyarme y alentarme; debéis insistir en la necesidad de reprobar su conducta si veis que soy demasiado blanda con ella».

Todo esto suena muy razonable. ¡*Reginald* está tan enojado con esa pobre tontita! Seguramente no dice mucho en favor de *lady Susan* el que él esté tan furioso contra su hija; se habrá formado una idea de ella por la descripción que le habrá hecho su madre.

Bien, cualquiera que sea el destino de *Reginald*, nos consuela el hecho de que hemos hecho todo cuanto ha estado en nuestra mano para salvarle. Debemos dejar este asunto en manos de un Poder Superior.

Vuestra siempre...,

Catherine Vernon



XVI

Lady Susan a la señora Johnson

Churchill

Jamás, mi queridísima Alicia, nada me ha enojado tanto como la carta que esta mañana he recibido de la señorita Summers. Esa horrible hija mía ha intentado fugarse. No tenía ni idea de que fuera semejante diablillo; parecía poseer toda la sumisión de los Vernon; pero al recibir la carta en la que le manifestaba mis intenciones acerca de *sir* James, intentó huir de verdad; al menos, no puedo explicarme otro motivo para hacerlo. Supongo que pretendía ir a casa de los Clarke en Staffordshire, pues no conoce a nadie más. Pero será castigada, se casará con él. He enviado a Charles a la ciudad para arreglar las cosas, si puede, pues en modo alguno la quiero aquí. Si la señorita Summers no permite que se quede con ella, tenéis que encontrarme otra escuela, a menos que podamos casarla de inmediato. La señorita S. me dice en su carta que no sabría darme ningún motivo para esa conducta extraordinaria de la damisela, lo que confirma mis explicaciones particulares. Frederica es demasiado tímida, creo, y me teme demasiado, para contar nada; pero si la afabilidad de su tío puede sacarle algo, no tengo miedo. Confío en que podré inventar una historia tan buena como la suya. Si de algo me enorgullezco es de mi elocuencia. La consideración y la estima siguen sin duda al dominio del lenguaje, igual que la admiración sigue a la belleza, y aquí tengo oportunidad de sobra para ejercer mi talento, puesto que dedico la mayor parte del tiempo a conversar. Reginald nunca se siente cómodo a menos que nos hallemos a solas y, cuando hace un tiempo tolerable, pasamos horas paseando juntos por el jardín. En general me resulta una persona muy agradable, es inteligente y es capaz de hablar de muchas cosas, pero a veces es impertinente y complicado. Posee una especie de ridícula delicadeza que exige que le explique de la forma más detallada cualquier cosa que haya oído contar que me desacredite, y nunca está satisfecho hasta que cree haber averiguado cada cosa de principio a fin.

Es una especie de amor; pero confieso que no va con mi forma de ser. Prefiero sin duda alguna el espíritu tierno y liberal de Manwaring, que, profundamente convencido de mis cualidades, considera que todo cuanto hago debe de estar bien y le satisface, y contemplo con cierto desprecio las fantasías inquisitivas y recelosas de ese corazón que parece estar siempre debatiendo consigo mismo si sus emociones son razonables. Manwaring sin duda es incomparablemente superior a Reginald; superior en todo salvo en la posibilidad de estar conmigo. ¡Pobrecito!, los celos se lo están

comiendo, lo cual no lamento, ya que no conozco nada mejor para reforzar el amor. Me ha estado insistiendo en que le permita venir a esta zona y alojarse de incógnito en algún lugar cerca de aquí, pero le prohibí que hiciera nada por el estilo. Esas mujeres que olvidan lo que les conviene y lo que los demás piensan de ellas no tienen justificación.

S. Vernon

XVII

La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

Mi querida madre:

El señor Vernon regresó el jueves por la noche con su sobrina. *Lady Susan* había recibido una nota suya en el correo de aquel día en la que le informaba de que la señorita Summers se había negado rotundamente a permitir que la señorita Vernon continuara en su academia. Por lo tanto, estábamos preparados para su llegada y estuvimos esperándoles con impaciencia toda la tarde. Llegaron mientras tomábamos el té, y nunca he visto a una criatura con aspecto más asustado que el de Frederica cuando entró en la estancia.

Lady Susan, que antes había estado derramando lágrimas y dando muestras de gran agitación ante la idea de ese encuentro, la recibió con absoluto dominio de sí misma y sin dejar traslucir el más mínimo afecto. Apenas le dijo nada y, al ver que Frederica prorrumpía en llanto en cuanto nos sentamos, la hizo salir de la habitación y tardó un rato en regresar; cuando lo hizo, tenía los ojos muy enrojecidos y estaba más alterada que antes. No volvimos a ver a su hija. Al pobre Reginald le disgustó sobremanera ver a su buena amiga tan preocupada, y la miraba con tan tierna solicitud que cuando, en ocasiones, la pillaba observando su rostro con aire de felicidad me hacía perder la paciencia. Esta patética actuación duró toda la velada, y tan teatral y artera representación me convenció por completo de que en realidad no sentía nada.

Estoy más enojada que nunca con ella desde que he visto a su hija. La pobre muchacha parece tan infeliz que me duele el alma por ella. *Lady Susan* sin duda alguna es demasiado severa, porque Frederica no parece tener el tipo de temperamento que hace necesaria tanta severidad. Se la ve muy reservada, abatida y mortificada. Es muy bonita, aunque no tan guapa como su madre, y no se parece en nada a ella. Posee una tez fina, pero ni tan clara ni tan radiante como la de *lady Susan*; sus facciones son las de los Vernon, el rostro ovalado y los ojos no muy oscuros; su mirada posee una extraña dulzura cuando habla con su tío o conmigo, pues, como somos amables con ella, nos hemos ganado, naturalmente, su gratitud. Su madre ha insinuado que tiene un temperamento intratable, pero nunca he visto un rostro con menos señales de malas inclinaciones que el suyo; y por lo que ahora veo de la relación entre ambas, la invariable severidad de *lady Susan* y el silencioso

abatimiento de Frederica, me inclino a creer como hasta ahora que la primera no siente auténtico amor por su hija y que nunca le ha hecho justicia ni la ha tratado con afecto.

Todavía no he tenido oportunidad de mantener ninguna conversación con mi sobrina; es tímida, y creo que alguien se está tomando algunas molestias para impedir que pase mucho tiempo conmigo. En cuanto al motivo de su intento de huida, no parece nada bueno. Su bondadoso tío, podéis estar segura, tenía demasiado miedo de molestarla si le hacía muchas preguntas durante el viaje. Ojalá me hubiera sido posible ir yo a recogerla en lugar de él; creo que habría descubierto la verdad en el transcurso de un trayecto de treinta millas.

En estos últimos días hemos retirado el pequeño pianoforte, a petición de *lady* Susan, y lo hemos llevado a sus aposentos, y Frederica pasa gran parte del día allí, «practicando», como se dice, pero raras veces oigo ruido alguno cuando paso por esa zona. Qué hace allí sola no lo sé. En la habitación hay muchos libros, pero no todas las muchachas que han pasado los primeros quince años de su vida correteando como salvajes son capaces de quedarse encerradas leyendo o quieren hacerlo. ¡Pobre criatura!, la panorámica que tiene desde su ventana no es muy instructiva, pues esa habitación da al jardín, con el seto a un lado, donde puede ver a su madre paseando durante una hora en animada conversación con Reginald. Una muchacha de la edad de Frederica debe de ser en verdad infantil si tales cosas no le sorprenden. ¿No es inexcusable dar semejante ejemplo a una hija? No obstante, Reginald todavía piensa que *lady* Susan es la mejor de las madres; ¡todavía piensa que Frederica es una chica que no vale nada! Está convencido de que su intento de fuga no tenía ninguna causa justificable ni había existido ninguna provocación. Claro que no puedo asegurar que la tenía, pero si bien la señorita Summers declara que la señorita Vernon no dio muestras de obstinación ni de perversidad durante su estancia en Wigmore Street, hasta que se descubrió este plan, no me resulta tan fácil dar crédito a lo que *lady* Susan le ha hecho creer y quiere hacerme creer a mí, de que lo que le hizo idear el plan de fuga fue tan sólo la irritación por la falta de libertad y el deseo de escapar a las clases. ¡Oh, Reginald, cómo se ha apoderado de tu mente! Apenas si te atreves siquiera a dejarla ser bella, y cuando te hablo de su belleza tan sólo comentas que sus ojos no poseen brillo alguno.

A veces, mi querida madre, está seguro de que la muchacha es corta de entendederas, y en otras ocasiones de que la culpa sólo es de su temperamento. En resumen, cuando una persona siempre quiere engañar, es imposible que sea coherente. *Lady* Susan, para justificarse así misma, necesita que la culpa sea de Frederica, y probablemente a veces ha considerado oportuno acusarla de poseer un carácter desabrido y a veces lamentar su falta de sensatez. Reginald se limita a repetir lo que dice la señora.

Os saluda...

XVIII

De la misma a la misma

Churchill

Mi querida madre:

Me alegra mucho saber que mi descripción de Frederica Vernon os ha interesado, pues creo que verdaderamente merece que le prestemos atención, y cuando os haya comunicado una idea que hace poco se me ha ocurrido, estoy segura de que la buena impresión que os ha causado mejorará aún más. No puedo por menos de imaginar que a ella está empezando a gustarle mi hermano. ¡La veo con tanta frecuencia con los ojos fijos en su rostro con un perceptible aire de pensativa admiración! No cabe duda de que es muy apuesto; y lo que es más, demuestra una franqueza que debe de resultar sumamente atractiva, y estoy segura de que para ella sí lo es. Pensativa y ensimismada en general, su expresión siempre se ilumina con una sonrisa cuando Reginald dice algo divertido; y, aunque el tema sobre el que esté conversando sea muy serio, mucho me equivoco si se le escapa alguna sílaba de las que pronuncia.

Quiero que él se dé cuenta de todo esto, pues sabemos el poder que la gratitud ejerce en un corazón como el suyo; y si el afecto ingenuo de Frederica pudiera alejarle de su madre, podríamos bendecir el día que la trajo a Churchill. Creo, mi querida señora, que no la desaprobaríais como hija. Claro que es extremadamente joven, ha recibido una educación espantosa y su madre le ha dado un horrible ejemplo de frivolidad; no obstante, percibo en ella un excelente modo de ser y unas cualidades naturales muy buenas.

Aunque carece de preparación alguna, no es en absoluto tan ignorante como cabría esperar, pues le gustan los libros y pasa la mayor parte del tiempo leyendo. Ahora su madre la deja sola más horas que antes, por lo que siempre que puedo permanezco con ella, que hace grandes esfuerzos para vencer su timidez. Nos hemos hecho muy buenas amigas y, a pesar de que nunca abre la boca antes de que lo haga su madre, cuando está a solas conmigo se muestra bastante locuaz, lo que deja claro que, si *lady* Susan la tratara como es debido, siempre se comportaría de un modo que la favorecería mucho más. No existe un corazón más gentil y afectuoso, ni una actitud más atenta, cuando actúa sin restricciones. Sus primitos están muy encariñados con ella.

Afectuosamente vuestra,

XIX

Lady Susan a la señora Johnson

Churchill

Sé que estaréis impaciente por saber algo más de mi Frederica, y tal vez creáis que soy negligente porque no os he escrito antes. El pasado jueves se cumplieron quince días de su llegada con su tío, cuando, por supuesto, no perdí ni un instante y le pregunté la causa de su conducta; pronto descubrí que no me equivocaba al atribuirle a mi carta. El asunto del que le hablaba la asustó tanto que, con una mezcla de auténtica perversión infantil y necedad, sin considerar que fugándose de Wigmore Street no podría escapar a mi autoridad, decidió marcharse de la casa e ir directamente a la residencia de sus amigos, los Clarke, y no había recorrido más que dos calles de su trayecto cuando por fortuna la echaron en falta, la persiguieron y le dieron alcance.

Ésta ha sido la primera gran proeza de la señorita Frederica Susanna Vernon, y si consideramos que la ha realizado a la tierna edad de dieciséis años, podemos hacer los más halagüeños pronósticos sobre su futura popularidad. Sin embargo, me irritó sobremanera el elevado nivel de integridad que impidió a la señorita Summers permitir que la muchacha siguiera allí; y creo que lo hizo de una manera tan sutil, considerando las relaciones de la familia de mi hija, que lo único que puedo suponer es que la mujer estaba dominada por el miedo de no recibir nunca su dinero. Sin embargo, fuera lo que fuere, Frederica vuelve a estar en mis manos y, como no hay nada más en lo que emplearla, está ocupada persiguiendo el plan amoroso iniciado en Langford. En realidad, se está enamorando de Reginald de Courcy. Desobedecer a su madre rechazando una proposición única no es suficiente; debe asimismo dar su afecto sin la aprobación de su madre. Nunca he visto a una chica de su edad que prometa más para ser el hazmerreír de la humanidad. Sus sentimientos son bastante evidentes, y ella los muestra con tan encantadora naturalidad como para llegar a acariciar las más razonables esperanzas de hacer el ridículo y ser despreciada por todo hombre que la vea.



La naturalidad no sirve en los asuntos amorosos, y esa muchacha ha nacido tan simple que la posee por naturaleza o finge poseerla. Todavía no estoy segura de si Reginald se da cuenta de lo que ella pretende; tampoco es que tenga mucha importancia; ahora para él es objeto de indiferencia, y lo sería de repulsa si llegara a comprender sus sentimientos. Su belleza es muy admirada por los Vernon, pero a él no le produce ningún efecto. Goza del gran favor de su tía porque es muy diferente a mí, claro. Ella es la compañía perfecta para la señora Vernon, que adora ser la primera y el centro de la conversación, la más ingeniosa y la más sensata; Frederica jamás le hará sombra. Cuando llegó, me costó bastantes esfuerzos impedir que se viera demasiado con su tía, pero ahora he bajado la guardia, pues creo que puedo contar con que observará las reglas que he impuesto para sus conversaciones.

Pero no imaginéis que con toda esta indulgencia he abandonado ni por un instante mi plan de casarla; no, estoy inamoviblemente decidida en ese aspecto, aunque todavía no he resuelto la manera de abordarlo. No debo tratarlo aquí, y bajo el escrutinio de las juiciosas mentes del señor y de la señora Vernon; y ahora mismo no puedo permitirme ir a la ciudad. Por lo tanto, la señorita Frederica debe esperar un poco.

Siempre vuestra,

S. Vernon

La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

En estos momentos tenemos un invitado al que nadie esperaba, mi querida madre. Llegó ayer. Me hallaba sentada con mis hijos mientras cenaban y oí que se detenía un carruaje ante la puerta, y, como supuse que me requerirían, salí de la habitación de los niños poco después; había bajado la mitad de la escalera cuando Frederica, pálida como la cera, subió corriendo y pasó a mi lado como una tromba para entrar en su habitación. La seguí sin vacilar y le pregunté qué le ocurría. «¡Oh! —exclamó entre sollozos—. Ha venido, *sir James* ha venido... ¿qué voy a hacer?». Esto no era ninguna explicación; le rogué que me contara a qué se refería. En aquel momento llamaron a la puerta, lo que nos interrumpió; era Reginald, que venía, por indicación de *lady Susan*, para decir a Frederica que bajara. «¡Es el señor De Courcy! —dijo ella, enrojeciendo violentamente—. Mamá le ha enviado a por mí y debo ir».

Bajamos los tres juntos, y vi a mi hermano examinando el rostro aterrado de Frederica con sorpresa. En el comedor del desayuno encontramos a *lady Susan* y a un joven de aspecto refinado, al que ella presentó como *sir James Martin*; la persona, como recordaréis, de la que se decía que ella había hecho tantos esfuerzos por separar de la señorita Manwaring. Pero al parecer la conquista no estaba destinada a ella, o con posterioridad la ha trasladado a su hija, pues *sir James* ahora está desesperadamente enamorado de Frederica y con absoluta satisfacción de mamá. Sin embargo, estoy segura de que a la pobre muchacha el joven le desagrada; y aunque su persona y actitud son muy correctas, tanto al señor Vernon como a mí nos parece un joven de muy poco carácter.

Frederica se mostró tan tímida, tan confusa, cuando entramos en la estancia, que sentí una gran lástima por ella. *Lady Susan* se comportó prestando gran atención a su visita, y no obstante me pareció percibir que ésta no le producía un placer especial. *Sir James* habló mucho y se excusó con educada prodigalidad por haberse tomado la libertad de venir a Churchill, mezclando con su discurso risas más frecuentes de lo que el tema requería, repitió muchas cosas una y otra vez y dijo tres veces a *lady Susan* que unas noches atrás había visto a la señora Johnson. De vez en cuando se dirigía a Frederica, pero más a menudo lo hacía a su madre. La pobre muchacha permaneció todo el tiempo sentada sin abrir la boca, con la mirada gacha y el color de su rostro cambiándole a cada instante mientras Reginald observaba en absoluto silencio todo lo que sucedía.

Al final *lady Susan*, creo que cansada de su situación, propuso que fuéramos a dar un paseo, y dejamos a los dos caballeros a solas para ir a ponernos nuestras capas.

Cuando subíamos, *lady Susan* pidió permiso para acompañarme a mis aposentos, pues estaba impaciente por hablar conmigo en privado. Fuimos allí y, en cuanto hube cerrado la puerta, dijo: «Jamás en mi vida nada me había sorprendido tanto como lo ha hecho la llegada de *sir James*, y lo inesperado de su visita exige que os dé alguna disculpa, mi querida hermana, aunque para mí, como madre, resulta muy halagador. Está tan cariñosamente encaprichado con mi hija que no puede resistir mucho tiempo sin verla. *Sir James* es un joven de temperamento afable y excelente carácter; tal vez habla demasiado, pero eso en uno o dos años se le pasará; y en otros aspectos es tan buen partido para *Frederica* que siempre he contemplado su encaprichamiento con gran placer, y estoy convencida de que vos y mi hermano daréis vuestra sincera aprobación a esta alianza. Hasta ahora nunca había mencionado a nadie esa probabilidad, porque creía que mientras *Frederica* siguiera en el colegio era mejor que nadie supiera que existía; pero ahora, como me he convencido de que *Frederica* es demasiado mayor para estar sometida al encierro escolar y he empezado a pensar en su unión con *sir James* como algo no muy lejano, tenía intención de comunicaros la noticia a vos y al señor *Vernon* dentro de unos días. Estoy segura, mi querida hermana, de que me excusaréis el haberlo mantenido tanto tiempo en secreto, y estaréis de acuerdo conmigo en que ante semejantes circunstancias, mientras sigan en suspenso, nunca se es demasiado cauteloso. Cuando, dentro de unos años, tengáis la satisfacción de ofrecer a vuestra dulce pequeña *Catherine* a un hombre con buenas relaciones y carácter intachable, experimentaréis lo que yo siento ahora; aunque, ¡a Dios gracias!, vos no tendréis todas las razones que tengo yo para regocijarme de semejante acontecimiento. *Catherine* tendrá quien la mantenga y no dependerá, como mi *Frederica*, de un matrimonio afortunado para disfrutar de las comodidades de la vida».

Concluyó pidiéndome que la felicitara. Lo hice, creo que con cierta torpeza, pues en verdad la inesperada revelación de un asunto tan importante me impedía hablar con claridad. Sin embargo, me dio las gracias, con grandes muestras de afecto, por mi amable interés por el bienestar de ella y de su hija, y añadió:

«No tengo tendencia a hacer confidencias, mi querida señora *Vernon*, y jamás he poseído el talento de fingir sensaciones extrañas a mi corazón; por lo tanto, confío en que me creeréis si os digo que, si bien habían llegado a mis oídos muchas alabanzas sobre vos antes de conoceros, no tenía ni idea de que os amaría como os amo ahora; y debo añadir que la amistad que demostráis hacia mí me resulta en especial gratificante, pues tengo motivos para creer que se efectuaron algunos intentos de predisponeros en mi contra. Lo único que deseo es que quienesquiera que sean a los que debo semejantes buenas intenciones puedan ver en qué términos se hallan ahora nuestras relaciones y comprendan el verdadero afecto que sentimos la una por la otra. Pero no os entretendré más. Que Dios os bendiga por vuestra bondad conmigo y con

mi hija, y os deseo que sigáis gozando de vuestra actual felicidad».

¿Qué se puede decir de una mujer así, mi querida madre? ¡Semejante forma de expresarse, tan sincera y solemne! Y, sin embargo, no puedo por menos de poner en duda la verdad de todo lo que dijo.

En cuanto a Reginald, creo que no sabe qué pensar del asunto. Cuando llegó *sir James*, parecía todo asombro y perplejidad. La necedad del joven y la confusión de *Frederica* le absorbieron por completo, y aunque una pequeña discusión en privado con *lady Susan* ha producido su efecto desde entonces, todavía está dolido, estoy segura, porque ella permite las atenciones que este hombre presta a su hija.

Sir James se invitó a sí mismo con gran compostura a quedarse a pasar unos días aquí; esperaba que no nos pareciera extraño, era consciente de que se trataba de un acto muy impertinente, pero se tomó esa libertad como si fuera de la familia y concluyó deseando, con una carcajada, que pronto pudiera serlo de verdad. Incluso *lady Susan* parecía un poco desconcertada por semejante exceso de confianza; en el fondo, estoy convencida de que sinceramente desea que se marche.

Pero hay que hacer algo por esa pobre muchacha, si sus sentimientos son los que su tío y yo creemos que son. No debe ser sacrificada a la política o a la ambición, y no debemos siquiera permitir que sufra por temor a ello. La muchacha, cuyo corazón puede distinguir a *Reginald de Courcy*, merece, por mucho que él le demuestre indiferencia, un destino mejor que ser la esposa de *sir James Martin*. En cuanto encuentre la ocasión de estar a solas con ella descubriré la verdad, pero al parecer desea evitarme. Espero que no sea debido a ninguna incorrección por mi parte y no haberme equivocado en la opinión que me he formado de ella. No cabe duda de que con *sir James* se comporta con la mayor seriedad y turbación; pero no veo en ello más que una forma de alentarle.

Adieu, mi querida señora.

Vuestra...

Catherine Vernon

XXI

La señorita Vernon al señor De Courcy

Señor:

Espero que sepáis excusar que me tome esta libertad; me veo obligada a ello por una situación muy angustiosa, de lo contrario me avergonzaría molestaros. Soy muy desgraciada debido a *sir* James Martin, y la única forma que tengo de buscar ayuda es escribiros, pues me han prohibido incluso hablar del asunto con mi tío y con mi tía, y siendo éste el caso, me temo que apelar a vos no parecerá sino una equivocación y como si sólo escuchara las palabras y no el espíritu que anima las órdenes de mamá, pero si vos no os ponéis de mi parte y la convencéis de romper el compromiso, me volveré medio loca, pues no le soporto. Ningún ser humano salvo vos podría tener la más mínima posibilidad de influir en ella. Por lo tanto, si tuvierais la indescriptiblemente gran amabilidad de hablar con ella por mí y de convencerla de hacer que *sir* James se marchara, le estaría más agradecida de lo que soy capaz de expresar. Me desagradó en cuanto le conocí, y os aseguro, señor, que no se trata de un capricho momentáneo; siempre me ha parecido bobo, impertinente y desagradable, y ahora se ha vuelto peor que nunca. Preferiría trabajar para ganarme el pan que casarme con él. No sé cómo disculparme lo suficiente por haberos escrito esta carta. Sé que me estoy tomando una gran libertad, soy consciente de lo terriblemente furiosa que se pondrá mamá, pero debo correr ese riesgo.

Quedo, señor, su más humilde servidora,

F. S. V.



XXII

Lady Susan a la señora Johnson

Churchill

Queridísima amiga:

¡Esto es intolerable! Mi queridísima amiga, jamás me había enfurecido tanto, y tengo que calmarme escribiéndoos a vos, que sé que comprenderéis todos mis sentimientos. ¿Quién se presentó aquí el martes sino *sir James Martin*? Adivinad mi asombro, y mi irritación, pues, como bien sabéis, jamás deseé que se le viera en Churchill. ¡Qué pena que no conocierais sus intenciones! No satisfecho con venir, se invitó a sí mismo a quedarse unos cuantos días. ¡Le habría envenenado! Sin embargo, hice lo que pude y conté mi historia con gran éxito a la señora Vernon, quien, cualesquiera que fueran sus verdaderos sentimientos, no dijo nada en contra de los míos. Asimismo, recalqué a Frederica que debía comportarse de forma educada con *sir James* y le di a entender que me hallaba decidida a que se casara con él. Ella comentó algo acerca de su desdicha, pero eso fue todo. Desde hace algún tiempo, al ver la rapidez con que crecía su afecto por Reginald, y como no me sentía absolutamente segura de que ese afecto al final no pudiera ser correspondido, estoy más resuelta que nunca a concertar esa unión. Por despreciable que sea, a mis ojos, un afecto basado sólo en la compasión, en modo alguno me sentía segura de que éste no pudiera ser el resultado. Es cierto que la actitud de Reginald hacia mí no se ha enfriado, pero últimamente ha mencionado a Frederica de forma espontánea e innecesaria, y en una ocasión hizo un comentario alabando su persona.

Cuando vio aparecer a mi visitante se quedó estupefacto, y al principio observaba a *sir James* con una atención que me satisfacía al ver que no estaba libre de celos; pero por desgracia me resultaba imposible atormentarle, ya que *sir James*, aunque galante en extremo conmigo, muy pronto dejó claro ante todo el grupo que su corazón estaba entregado por entero a mi hija.

Cuando me hallé a solas con De Courcy, no me costó mucho convencerle de que, teniendo en cuenta todos los aspectos, mi deseo de realizar aquella unión estaba absolutamente justificado y todo el asunto parecía estar convenientemente zanjado. Ninguno de ellos podía por menos de percibir que *sir James* no era ningún Salomón, pero yo había prohibido expresamente a Frederica que se quejara a Charles Vernon o a su esposa y, por lo tanto, no tenían ninguna intención de entrometerse, aunque mi impertinente hermana creo que estaba deseando tener la oportunidad de hacerlo.

Sin embargo, todo iba como la seda, con calma y tranquilidad, y aunque yo contaba las horas que *sir* James permanecía allí, mi mente estaba absolutamente satisfecha con la marcha de los acontecimientos. Adivinad, pues, lo que debí de sentir cuando de súbito vi alterados todos mis planes y, además, desde un flanco del que menos motivo tenía para temer. Esta mañana, Reginald ha entrado en mis aposentos con una actitud inusualmente solemne y, tras algunos preámbulos, me ha informado, con estas palabras, de que deseaba hacerme entrar en razón sobre lo desconsiderado y cruel que era permitir que *sir* James Martin cortejara a mi hija en contra de la voluntad de ésta. ¡Me he quedado atónita! Cuando he visto que no lograría hacerle cambiar de opinión, le he pedido con calma que me diera una explicación y le he rogado que me dijera qué le impulsaba a regañarme y quién le había encargado que lo hiciera. Entonces me ha dicho, mezclando en su discurso unos cuantos cumplidos insolentes e inoportunos expresiones de afecto, que he escuchado con absoluta indiferencia, que mi hija le había comentado algunas circunstancias referentes a sí misma, a *sir* James y a mí que le habían causado gran inquietud.

En resumen, he averiguado que Frederica le había escrito para pedirle que intercediera por ella y que, tras recibir su carta, había hablado con ella sobre el tema con el fin de conocer los detalles y estar seguro de cuáles eran sus verdaderos deseos.

No me cabe duda de que la muy descarada aprovechó la oportunidad para confesarle su amor; por la manera en la que habló de ella, estoy convencida. ¡Mucho bien puede hacerle este amor! Despreciaré siempre al hombre que es capaz de sentirse satisfecho con la pasión que jamás ha deseado inspirar ni la ha avivado. Les detestaré siempre a los dos. No es posible que sienta nada por mí, de lo contrario no le habría hecho caso a ella; y ella, con su corazoncito rebelde y sus sentimientos poco delicados, arrojarse a la protección de un joven con el que apenas ha intercambiado un par de palabras... Estoy tan confundida por la impudicia de ella como por la credulidad de él. ¿Cómo se ha atrevido a creer lo que ella le ha contado en mi contra? ¿No debería haber estado seguro de que yo tenía motivos irrefutables para todo lo que había hecho? ¿Dónde estaba su confianza en mi sentido común y en mi bondad? ¿Dónde estaba el resentimiento que el verdadero amor habría dictado contra la persona que me estaba difamando, esa persona que, además, era una chiquilla, una niña, sin talento ni educación, a la que siempre le había enseñado a despreciar?

He permanecido calmada un rato; pero incluso el mayor grado de dominio puede ser vencido, y espero haber sido después lo suficientemente aguda. Se ha esforzado, se ha esforzado mucho para atenuar mi resentimiento, pero en verdad es necia la mujer que, aunque insultada mediante acusación, se deja engatusar con cumplidos. Al final se ha marchado, tan profundamente enojado como yo y dando más muestras de su enfado. Yo he aparentado frialdad, pero él ha dado rienda suelta a la más violenta indignación. Puedo esperar, por lo tanto, que se le pase antes, y que tal vez desaparezca para siempre, mientras que la mía seguirá fresca e implacable.

Ahora se ha encerrado en sus aposentos, adonde le he oído dirigirse al salir de los

míos. ¡Qué desagradables deben de ser sus pensamientos! Pero los sentimientos de la gente son incomprensibles. Todavía no me he tranquilizado lo suficiente para ver a Frederica. Ella no olvidará fácilmente lo sucedido el día de hoy. Se dará cuenta de que ha revelado en vano su tierna historia de amor y se ha expuesto para siempre al desprecio del mundo entero y al más severo resentimiento de su madre herida.

Con afecto, vuestra,

S. Vernon



XXIII

La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

¡P ermitidme que os felicite, mi queridísima madre! El asunto que tanta ansiedad nos ha provocado está llegando a un final feliz. Nuestras perspectivas son de lo más halagüeñas; y como ahora las cosas han dado un giro tan favorable, lamento mucho haberos hecho partícipe de mis temores; pero la satisfacción de saber que el peligro ha pasado tal vez compense todo lo que habéis sufrido anteriormente.

Me siento tan nerviosa por el gozo que ello me produce que apenas puedo sostener la pluma, pero estoy decidida a enviaros unas líneas a través de James para daros una explicación de lo que sin duda os asombrará sobremanera, y es que Reginald regresa a Parklands.

Me hallaba sentada hace media hora con *sir* James en el salón del desayuno, cuando mi hermano me ha hecho seña para que saliera de la estancia. Al instante me he dado cuenta de lo que ocurría; tenía la cabeza alta y hablaba con gran emoción. Ya conocéis su actitud impaciente, mi querida madre, cuando le interesa algo. «Catherine —me ha dicho—, hoy me marcho a casa. Lamento dejaros, pero tengo que irme. Hace mucho tiempo que no veo a padre y madre. Voy a enviar a James con mis perros de inmediato; o sea que si tienes alguna carta, puedo llevársela. No llegaré a casa hasta el miércoles o el jueves, ya que pasaré por Londres, donde tengo cosas que hacer. Pero antes de irme —ha proseguido, hablando en tono más bajo pero con mayor energía— debo advertirte una cosa: no permitas que ese Martin haga infeliz a Frederica Vernon. Quiere casarse con ella; su madre quiere esa unión, pero ella no soporta la idea. Puedes estar segura de que hablo con la plena convicción de que lo que digo es cierto. Sé que la presencia de *sir* James aquí hace infeliz a Frederica. Es una muchacha agradable, y se merece un destino mejor. Haz que ese joven se marche de inmediato. No es más que un necio, pero lo que su madre puede pretender, ¡sólo Dios lo sabe! Adiós». Y ha añadido, estrechándome la mano con firmeza: «No sé cuándo volverás a verme. Pero recuerda lo que te digo de Frederica; debes ocuparte de que se haga justicia con ella. Es una buena chica, y posee una mente superior a lo que siempre hemos creído».

Entonces me ha dejado y ha corrido escaleras arriba. No he intentado detenerle, pues sabía cuáles debían de ser sus sentimientos; no es necesario que intente describir la naturaleza de los míos mientras le escuchaba. Me he quedado unos minutos donde estaba, superada por el estupor, aunque con una sensación en verdad agradable; sin

embargo, para estar tranquila y feliz, necesitaba reflexionar un poco.

Unos diez minutos después de regresar al salón ha entrado *lady* Susan en la estancia. He llegado a la conclusión, por descontado, de que ella y Reginald habían estado discutiendo, y he buscado en su rostro, con ansiosa curiosidad, la confirmación de lo que creía. Sin embargo, maestra del engaño, aparentaba absoluta indiferencia y, después de charlar sobre temas intrascendentes durante un rato, me ha dicho: «Me he enterado por Wilson de que vamos a perder al señor De Courcy. ¿Es cierto que se marcha de Churchill esta mañana?». Le he respondido que así era. «Anoche no nos dijo nada de ello —ha replicado sonriendo—, ni siquiera lo ha mencionado esta mañana a la hora del desayuno. Pero tal vez no lo sabía. Los jóvenes a menudo toman decisiones inesperadas, y son tan rápidos en tomarlas como inestables en cumplirlas. No me sorprendería que al final cambiara de opinión y no se marchara».

Poco después ha salido de la estancia. Confío, sin embargo, mi querida madre, que no tengamos motivos para temer alteración alguna de sus planes; las cosas han llegado demasiado lejos. Tienen que haber discutido también sobre Frederica. Su tranquilidad me deja perpleja. ¡Qué placer os producirá volver a verle, saber que todavía merece vuestra estima, que todavía es capaz de haceros feliz!

Espero que cuando vuelva a escribiros pueda deciros que *sir* James se ha marchado, que *lady* Susan ha sido derrotada y que Frederica está tranquila. Tenemos mucho que hacer, pero lo haremos. Soy toda impaciencia por saber cómo se ha efectuado este asombroso cambio. Termino tal como he empezado, con mis más calurosas felicitaciones.

Siempre vuestra,

Catherine Vernon

XXIV

De la misma a la misma

Churchill

¡Poco imaginaba, mi querida madre, cuando os he escrito mi última carta, que el delicioso estado de inquietud en que me hallaba entonces daría un vuelco tan rápido, tan triste! Jamás lamentaré lo suficiente haberos escrito todo aquello. Sin embargo, ¿quién podía prever lo que ha ocurrido? Mi querida madre, todas las esperanzas que hace dos horas me hacían tan feliz han desaparecido. *Lady Susan* y *Reginald* han hecho las paces y todos estamos como antes. Sólo hemos ganado una cosa: *sir James Martin* se ha despedido. ¿Qué cabe esperar ahora? Estoy en verdad decepcionada. *Reginald* estaba a punto de partir; ¡tenía el caballo preparado y casi ante la puerta! ¿Quién no se habría sentido a salvo?

He permanecido media hora esperando su partida de un momento a otro. Después de haberos enviado mi carta, he ido a ver al señor *Vernon* y me he sentado con él en su habitación para comentar todo el asunto. Entonces he decidido ir a buscar a *Frederica*, a la que no había visto desde la hora del desayuno. Me he tropezado con ella en la escalera y he reparado en que estaba llorando.

«Mi querida tía —me ha dicho—, se marcha, el señor *De Courcy* se marcha y es por culpa mía. Me temo que os enfadaréis mucho, pero en realidad no tenía ni idea de que todo terminaría así».

«Cielo —le he dicho—, no es necesario que te disculpes conmigo por eso. Me sentiré agradecida con cualquiera que haga que mi hermano regrese a casa; porque —recobrando la compostura— sé que mi padre tiene muchos deseos de verle. Pero ¿qué es lo que has hecho para provocar todo esto?».

Ha enrojado violentamente y ha respondido: «Me sentía tan desdichada por lo de *sir James* que no pude por menos de... hice algo que está muy mal, lo sé... pero vos no tenéis ni idea de lo infeliz que he sido: y mamá me había ordenado que no volviera a hablar nunca más de ello con vos o con mi tío, y...». «Por lo tanto hablaste con mi hermano para pedirle que intercediera», he dicho con intención de ahorrarle la explicación. «No, pero le escribí. Le escribí, efectivamente. Me levanté de la cama antes de que amaneciera... faltaban unas dos horas... y cuando hube terminado mi carta pensé que jamás tendría valor para entregársela. Sin embargo, después del desayuno, me dirigía hacia mi habitación cuando me encontré con él en el pasillo y entonces, como sabía que todo dependía de aquel momento, hice un gran esfuerzo y se la entregué. Él fue tan bueno que la aceptó de inmediato; yo no me atrevía a

mirarle... y me alejé corriendo enseguida. Tenía tanto miedo que apenas podía respirar. Mi querida tía, no sabéis lo desgraciada que he sido».

«Frederica —le he dicho—, deberías haberme contado a mí todas tus desgracias. Siempre habrías encontrado en mí a una amiga dispuesta a ayudarte. ¿Crees que tu tío y yo no habríamos apoyado tu causa con tanto fervor como mi hermano?».

«En realidad no dudaba de vuestra bondad —ha dicho ella, enrojeciendo de nuevo—, pero pensé que el señor De Courcy podría influir en mi madre, aunque estaba equivocada; tuvieron una terrible discusión por este motivo y él se marchó. Mamá jamás me perdonará y lo pasaré peor que nunca». «No, no lo harás —le he replicado—. Llegados a este punto, la prohibición de tu madre no debería haberte impedido hablar conmigo sobre el tema. Ella no tiene derecho a hacerte infeliz y no lo hará. Sin embargo, haber apelado a Reginald puede ser beneficioso para todos. Creo que en realidad es lo mejor. De ello depende que no sigan haciéndote ser desdichada».

En aquel momento, grande fue mi asombro al ver a Reginald salir del aposento de *lady Susan*. Al instante mi corazón receló. Su confusión al verme ha sido evidente. Frederica desapareció de inmediato. «¿Adónde vas? —le he preguntado—. Encontrarás al señor Vernon en su habitación». «No, Catherine —ha respondido él—. No me marchó. ¿Puedo hablar contigo un momento?».

Hemos entrado en mi habitación. «Veo —ha proseguido, aumentando su confusión a medida que hablaba— que he actuado con mi necia impetuosidad de costumbre. Malinterpreté por completo las palabras de *lady Susan* y estaba a punto de abandonar la casa con una impresión falsa de su conducta. Se ha producido un error muy grave; creo que todos nos hemos equivocado. Frederica no conoce a su madre; *lady Susan* sólo desea el bien de su hija, pero Frederica no se lleva bien con ella. Por lo tanto, *lady Susan* no siempre sabe lo que hará feliz a su hija. Además, yo no tenía ningún derecho a interferir; la señorita Vernon se equivocó al acudir a mí. En resumen, Catherine, todo ha sido un error; pero ahora se ha resuelto felizmente. Creo que *lady Susan* desea hablar de ello contigo, si tienes un momento libre».

«Sin duda», he dicho, exhalando un profundo suspiro tras escuchar esta explicación tan pobre. Sin embargo, no he comentado nada, pues mis palabras habrían caído en saco roto. Reginald se ha alegrado de dejarme y yo he ido a ver a *lady Susan*, curiosa de verdad por oír su relato. «¿No os he dicho —ha declarado con una sonrisa— que vuestro hermano al final no se marcharía?». «Es cierto —le he respondido con gran seriedad—, pero me hacía ilusiones de que os equivocaríais». «No me habría arriesgado a expresar semejante opinión —ha replicado ella—, si en aquel momento no se me hubiera ocurrido que su decisión de marcharse podía haber sido provocada por una conversación que habíamos tenido esta mañana, y que había terminado con gran insatisfacción por su parte, por no haber entendido correctamente ninguno de los dos el significado de lo que nos habíamos dicho. Esta idea se me ha ocurrido de repente, y al instante he decidido que una disputa accidental, en la que probablemente yo tenía tanta culpa como él, no debía privaros a vos de la compañía

de vuestro hermano. Si recordáis, he salido de la estancia casi de inmediato. Estaba decidida a no perder tiempo para aclarar en la medida de lo posible esos malentendidos. La cuestión era ésta. Frederica se había puesto violentamente en contra de su matrimonio con *sir James*». «¿Y la señora se extraña de que lo hiciera? —he exclamado con vehemencia—. Frederica posee una gran capacidad de comprensión y *sir James* ninguna». «Estoy muy lejos de lamentarlo, mi querida hermana —ha dicho ella—; al contrario, me alegra ver un signo tan favorable de la sensatez de mi hija. *Sir James* sin duda es muy inferior a ella (sus modales infantiles le hacen parecer peor), y de haber gozado Frederica de la perspicacia y las habilidades que yo habría deseado en mi hija, o si hubiera sabido que poseía todo lo que posee, no habría estado tan ansiosa por celebrar esa unión». «¡Es extraño que sólo vos desconocierais la sensatez de vuestra hija!». «Frederica nunca se hace justicia a sí misma; su actitud es tímida y pueril. Además me tiene miedo; apenas me ama. Durante la vida de su pobre padre fue una niña mimada; la severidad con la que desde entonces he tenido que tratarla la ha vuelto hostil conmigo; carece asimismo de un intelecto brillante, de ese poder creativo o fuerza mental que impulsa a avanzar». «Decid más bien que ha recibido una educación lamentable». «Dios sabe, mi queridísima señora Vernon, cuán plenamente consciente soy de ello; pero desearía olvidar todas las circunstancias que pudieran arrojar la más mínima culpa a la memoria de aquel cuyo nombre es sagrado para mí».

En ese punto ha fingido prorrumpir en llanto. A mí se me había acabado la paciencia. «Pero ¿qué iba a decirme la señora sobre su malentendido con mi hermano?», he preguntado. «Lo ha provocado una acción de mi hija, que indica asimismo su falta de juicio y el lamentable miedo que me tiene y que he mencionado antes. Escribió al señor De Courcy». «Lo sé. Le habíais prohibido que hablara con el señor Vernon o conmigo sobre la causa de su disgusto; ¿qué podía hacer, por lo tanto, sino acudir a mi hermano?». «¡Dios mío! —ha exclamado—, ¡qué opinión debéis de tener de mí! ¿Es posible que supongáis que yo tenía conocimiento de su desdicha?, ¿que mi objetivo era hacer infeliz a mi propia hija y que le había prohibido hablar con vos de ese tema por temor a que desbaratarais el diabólico plan? ¿Creéis que no poseo ningún sentimiento humano, honesto? ¿Soy capaz de condenarla a la desdicha eterna, cuando mi primordial deber en el mundo es proporcionarle el máximo bienestar posible? ¡Qué idea tan horrible!». «Entonces, ¿cuál era vuestra intención cuando insististeis en que guardara silencio?». «¿De qué serviría, mi querida hermana, que acudiera a vos, estuviera como estuviere el asunto? ¿Por qué someteros a súplicas, a las que yo misma me negaba a prestar atención? Tal cosa no sería deseable ni para vos, ni para ella, ni para mí. Cuando tomé mi decisión, no deseaba que nadie interfiriera, por muy amistosamente que lo hiciera. Estaba equivocada, es cierto, pero creía estar en lo cierto». «Pero ¿cuál fue ese error al que la señora no cesa de aludir, del que surgió tan asombroso malentendido de los sentimientos de vuestra hija? ¿No sabíais que a ella *sir James* no le gustaba?». «Sabía que no era en absoluto

el hombre que ella habría elegido. Pero estaba convencida de que sus objeciones no se debían a que se daba cuenta de su deficiencia. Sin embargo, no debéis interrogarme demasiado minuciosamente sobre este particular, mi querida hermana —ha proseguido, cogiéndome la mano con gesto afectuoso—. Con toda sinceridad, tengo algo que ocultar. Frederica me hace muy desgraciada. El hecho de que haya acudido al señor De Courcy me ha dolido de un modo especial». «¿Qué pretendéis —he dicho— con este aire de misterio? Si creéis que vuestra hija le ha cogido cariño a Reginald, su negativa a comprometerse con *sir* James por este motivo no merecería prestarle menos atención que si la causa hubiera sido conocer la necesidad de ese joven. Y, en cualquier caso, ¿por qué la señora ha discutido con mi hermano por haber intervenido en el asunto si sabéis sin lugar a dudas que, por naturaleza, jamás se niega a prestar ayuda cuando alguien se la pide?».



«Ya conocéis su temperamento bondadoso, y vino a verme para exponerme su desaprobación a mi forma de actuar; toda su compasión era para esa niña maltratada,

¡esa heroína angustiada! Malinterpretamos nuestras palabras. Él creía que yo era más culpable de lo que en realidad era; a mí me parecía que su intervención era menos excusable de lo que me parece ahora. Siento gran estima por él, y me he sentido inmensamente avergonzada cuando me he dado cuenta de que había malgastado ese afecto, los dos nos habíamos acalorado y, por supuesto, los dos éramos culpables. Su decisión de marcharse de Churchill es propia de su temperamento impaciente; sin embargo, cuando he comprendido sus intenciones y al mismo tiempo me he puesto a pensar que tal vez los dos nos habíamos equivocado al interpretar las palabras del otro, he decidido que quería una explicación antes de que fuera demasiado tarde. Siempre sentiré afecto por todo miembro de vuestra familia, y confieso que me habría sentido profundamente herida si mi relación con el señor De Courcy hubiera terminado de forma tan triste. Sólo tengo que añadir que, como estoy convencida de que *sir James* le produce a Frederica un razonable desagrado, le informaré al instante de que debe abandonar toda esperanza de casarse con ella. Me reprocho a mí misma haber hecho infeliz a mi hija, aunque sin querer, a causa de este asunto. Haré todo lo posible para recompensarla; si valora su propia felicidad tanto como yo, si razona con sensatez y se controla como debe, puede que ahora sea fácil tratar con ella. Disculpadme, mi queridísima hermana, por robaros tanto tiempo, pero se lo debía a mi propia reputación; y después de estas aclaraciones, confío en que no corro peligro de empeorar vuestra opinión de mí».

Habría podido decirle: «¡No mucho, la verdad!», pero me he alejado casi en silencio. Ha sido el máximo acto de contención que he podido realizar. Si hubiera empezado a hablar, no habría podido detenerme. ¡Qué aplomo, cuánta falsedad!, pero no me permitiré regodearme en ellos; ya me he desahogado lo suficiente. El corazón me late con violencia.

En cuanto me he sentido tolerablemente recuperada, he regresado al salón. El carruaje de *sir James* se hallaba ante la puerta y él, jovial como de costumbre, ha partido poco después. ¡Con qué facilidad alienta o despide la señora a un amante!

A pesar de haberse librado de él, Frederica sigue con aire de ser infeliz, temerosa tal vez todavía de la ira de su madre, y aunque asustada por si mi hermano se marcha, puede que celosa de que se haya quedado. Veo la atención con que les observa a él y a *lady Susan*. Pobre muchacha, ahora no tengo esperanzas para ella. No hay ni una sola posibilidad de que su afecto sea correspondido. La opinión que ahora él tiene de ella es muy diferente de la que tenía; le hace cierta justicia, pero su reconciliación con *lady Susan* excluye toda esperanza.

Preparaos para lo peor, mi querida señora. La probabilidad de que se casen ahora sin duda es mayor. Ella le tiene más controlado que nunca. Cuando ese desgraciado acontecimiento tenga lugar, Frederica debe ser completamente nuestra.

Doy gracias por que mi última carta precederá a esta por muy poco, pues es importante que os ahorre cada instante de felicidad que sólo os conducirá a la decepción.

Siempre vuestra,

Catherine Vernon



Lady Susan a la señora Johnson

Churchill

Os escribo, querida Alicia, para que me felicitéis. Vuelvo a ser la de siempre: alegre y triunfante. Cuando os escribí el otro día, en verdad me hallaba sumamente irritada, y con verdadero motivo. Es más, no sé si ahora debería estar muy tranquila, pues restablecer la paz me ha costado someterme más de lo que nunca pretendí. Reginald posee un talante orgulloso, talante que asimismo deriva de que cree poseer una integridad superior, lo cual resulta especialmente impertinente. No me será fácil perdonarle, os lo aseguro. ¡En realidad estaba a punto de marcharse de Churchill! Apenas había terminado mi última carta, cuando Wilson me dio la noticia. Me di cuenta de que tenía que hacer algo, pues no iba a dejar mi reputación a merced de un hombre de pasiones tan violentas y rencorosas. Dejar que partiera con semejante impresión tan desfavorable de mí habría sido jugar con mi reputación; visto de ese modo, era necesario condescender.

Mandé a Wilson a decirle que deseaba hablar con él antes de que se marchara. Acudió de inmediato. Los sentimientos de ira que marcaban cada una de sus facciones al separarnos por última vez se habían suavizado. Al parecer le había extrañado que le hiciera llamar, y tenía aspecto de medio desear y medio temer ablandarse por lo que yo le dijera.

Si mi semblante expresaba lo que yo pretendía era sereno y digno; y, no obstante, con cierto aire pensativo que pudiera convencerle de que no estaba muy contenta. «Os ruego que me perdonéis, señor, por tomarme la libertad de haceros llamar —dije—, pero como acabo de conocer vuestra intención de abandonar hoy este lugar, creo que es mi deber rogaros que no acortéis vuestra visita ni una hora siquiera por mi culpa. Soy consciente de que después de lo que ha sucedido entre nosotros no sería cómodo para ninguno de los dos permanecer más tiempo bajo el mismo techo. Un cambio tan grande, tan radical, en nuestra amistad íntima convertiría cualquier futuro trato en el más severo castigo; y vuestra decisión de abandonar Churchill sin duda alguna es coherente con nuestra situación y con esos vivos sentimientos que sé que experimentáis. Pero, al mismo tiempo, no me gusta obligaros a hacer el sacrificio, como es el caso, de alejaros de familiares con los que os sentís tan unido y que os son tan queridos. Mi estancia aquí no puede proporcionar el mismo placer que la vuestra al señor y a la señora Vernon, y mi visita tal vez ya se ha prolongado demasiado. Por lo tanto, mi partida, que de todos modos ha de tener lugar pronto, puede adelantarse

sin inconveniente alguno; y exijo de modo particular no ser yo el instrumento que separe a una familia tan unida por el afecto. Adónde me dirijo no tiene importancia para nadie, y muy poca para mí; pero vos sois importante para todos vuestros parientes». Con esto concluí, y espero que estéis satisfecha de mi discurso. El efecto que produjo en Reginald justifica un poco de vanidad, pues no fue menos favorable que instantáneo. ¡Ah, qué delicia observar los cambios en su semblante mientras yo hablaba, ver la lucha entre el paulatino regreso de la ternura y los restos del desagrado! Hay algo agradable en los sentimientos que se manipulan tan fácilmente. No es que se los envidie, no los querría poseer por nada del mundo, pero son muy convenientes cuando una desea influir en las pasiones de otra persona. Y, sin embargo, ese Reginald, al que unas pocas palabras mías ablandaban enseguida y sometían a la mayor sumisión, volviéndole más tratable, más apegado y más abnegado que nunca, me habría abandonado a la primera herida de su engreído corazón, sin dignarse a buscar aclaraciones.

Humillado como se encuentra ahora, no puedo perdonarle semejante muestra de orgullo, y dudo si no debería castigarle despidiéndole de inmediato después de esta reconciliación o casándome con él y burlándome eternamente. Pero estas medidas son demasiado implacables para ser adoptadas sin cierta reflexión. En estos momentos dudo entre diversos planes. Tengo que calcular muchas cosas. Debo castigar a Frederica, y muy severamente, por pedir ayuda a Reginald; debo castigarle a él por recibirla de un modo tan favorable y por el resto de su conducta. Debo atormentar a mi cuñada por el insolente aire de triunfo que hay en su mirada y actitud desde que *sir* James fue despedido, pues al reconciliarme con Reginald ya no pude salvar a ese desgraciado joven, y debo compensarme a mí misma por las humillaciones que he tenido que soportar estos días. Para llevar a cabo todo esto tengo varios planes. Asimismo tengo intención de volver pronto a la ciudad y, sea cual sea mi decisión en cuanto al resto, probablemente pondré en práctica ese proyecto, pues Londres siempre será el campo de acción más apropiado, cualquiera que sea el blanco al que dirija mis objetivos, y, en cualquier caso, allí gozaré de la recompensa de vuestra compañía y de un poco de disipación tras el castigo de las diez semanas pasadas en Churchill.

Creo que para proteger mis propios intereses tengo que llevar a buen término la unión entre mi hija y *sir* James, después de estar tanto tiempo planeándolo. Hacedme saber vuestra opinión sobre este punto. La flexibilidad mental, predisposición fácilmente manipulada por los demás, es un rasgo que sabéis que no estoy deseosa de adquirir; tampoco Frederica tiene derecho a reclamar que se satisfagan sus caprichos a expensas de los intereses de su madre. Como lo de su ocioso amor por Reginald; estoy segura de que mi obligación es quitarle de la cabeza semejante tontería romántica. Por lo tanto, considerándolo todo, me parece conveniente llevarla a la ciudad y casarla de inmediato con *sir* James.



Cuando se haya cumplido mi voluntad, contraria a la de él, habré logrado algún mérito para mantener una buena relación con Reginald, de la que en estos momentos, en realidad, no gozo, pues aunque sigue siendo mío, he abandonado el asunto por el que se produjo nuestra discusión y, cuanto menos, el honor de la victoria es dudoso.

Enviadme vuestra opinión sobre todos estos temas, mi querida Alicia, y hacedme saber si podéis encontrar alojamiento para mí a poca distancia de vos.

Vuestra amiga,

S. Vernon

XXVI

La señora Johnson a lady Susan

Edward Street

He recibido con satisfacción vuestra carta, y mi consejo es que vengáis a la ciudad sin pérdida de tiempo pero que dejéis a Frederica en Churchill. Sería mucho más práctico que os establecierais casándoos con el señor De Courcy que irritarle a él y al resto de su familia obligando a vuestra hija a casarse con *sir* James. Deberíais pensar más en vos y menos en vuestra hija. No tiene tendencia a haceros quedar bien ante el mundo, y en Churchill, con los Vernon, parece hallarse exactamente en su ambiente; pero vos estáis hecha para la sociedad, y es una vergüenza que os halléis exiliada en el campo. Dejad, por lo tanto, que Frederica se castigue a sí misma por el disgusto que os ha dado, que satisfaga ese romántico corazón tan tierno que siempre le asegura suficiente desdicha y venid vos a la ciudad en cuanto podáis.

Tengo otro motivo para urgiros a hacerlo.

La semana pasada llegó a la ciudad Manwaring y, a pesar del señor Johnson, ha hecho todo lo posible para aprovechar todas las oportunidades que ha tenido para verme. Es absolutamente infeliz por vuestra causa, y está celoso de De Courcy hasta tal punto que sería sumamente desaconsejable para ambos que en estos momentos se encontraran; y si no permitís que os vea aquí, no puedo aseguraros que no cometa alguna grave imprudencia, como por ejemplo ir a Churchill, lo cual resultaría terrible. Además, si seguís mi consejo y decidís casaros con De Courcy, será absolutamente necesario que quitéis de en medio a Manwaring, y sólo vos tenéis influencia suficiente en él para hacerle regresar junto a su esposa.

Todavía tengo otro motivo para que regreséis. El señor Johnson se marcha de Londres el próximo martes. Se va a Bath por razones de salud, donde si las aguas son favorables a su estado físico, y a mis deseos, permanecerá con su gota muchas semanas. Durante su ausencia podremos elegir nuestras compañías y divertirnos de verdad. Os pediría que vinierais a Edward Street, pero en una ocasión él me obligó a realizar más o menos la promesa de que jamás os invitaría a mi casa. Nada salvo hallarme en la más angustiosa necesidad de dinero habría podido arrancármela. Sin embargo, puedo conseguiros un agradable estudio en Upper Seymour Street y podremos estar juntas todo el tiempo, allí o aquí, pues considero que la promesa que le hice al señor Johnson sólo incluye (al menos en su ausencia) el que no durmáis en la casa.

¡El pobre Manwaring me cuenta cada historia de los celos de su esposa! ¡Qué

mujer tan necia, esperar fidelidad de un hombre tan encantador! Pero siempre ha sido tonta; rematadamente tonta; el simple hecho de casarse con él lo demuestra. ¡Ella, la heredera de una gran fortuna, y él sin un penique! Debería haber tenido un título, además del de esposa de un *baronet*. Su insensatez al formar esa unión fue tan grande que, a pesar de que el señor Johnson era su tutor, y en general no comparto sus ideas, jamás podré perdonarla.

Adieu. Vuestra,

Alicia

XXVII

La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

Esta carta, mi querida madre, os llegará de manos de Reginald. Su larga visita está a punto de concluir por fin, pero me temo que la separación tiene lugar demasiado tarde para servirnos de algo. Ella se marcha a la ciudad a ver a su amiga íntima, la señora Johnson. Al principio su intención era que Frederica la acompañara en beneficio de los estudios, pero la hemos retenido aquí. La muchacha estaba destrozada con la idea de marcharse, y yo no soportaba pensar que quedaría a merced de su madre. Ni todos los profesores de Londres podrían compensar su pérdida de bienestar. Asimismo, habría temido por su salud y, en resumen, por todo salvo sus principios; ahí precisamente creo que no puede ser herida, ni siquiera por su madre ni por las amigas de su madre; pero con esas amigas (un grupo desaconsejable, no me cabe duda) se habría mezclado o se habría encontrado en absoluta soledad, y no sé decir qué hubiera sido peor para ella. Además, si está con su madre con toda probabilidad estará, ¡ay!, con Reginald, y ése sería el peor de todos los males.

Aquí con el tiempo estaremos en paz. Confío en que con nuestras tareas cotidianas, nuestros libros y conversaciones, con ejercicio, los niños y todos los placeres domésticos que esté en mi mano proporcionarle, poco a poco irá venciendo ese pueril enamoramiento. No me cabría la menor duda de ello si quien la despreciara fuera cualquier otra mujer en el mundo y no su madre.

Cuánto tiempo se quedará *lady* Susan en la ciudad o si regresará aquí no lo sé. Al invitarla no pude ser cordial, pero si decide venir mi falta de cordialidad no le hará cambiar de opinión.

En cuanto me enteré de que los pasos de la señora se encaminaban hacia allí no pude por menos de preguntarle a Reginald si tenía intención de pasar el invierno en la ciudad; y aunque se mostró muy impreciso, algo en su mirada y en su voz contradecía sus palabras. Se acabaron las lamentaciones. Desesperada, he decidido rendirme y aceptar la realidad. Si os deja pronto para marcharse a Londres, todo habrá concluido.

Afectuosamente vuestra,

Catherine Vernon

XXVIII

La señora Johnson a lady Susan

Edward Street

Mi queridísima amiga:

Os escribo con el mayor de los disgustos; acaba de ocurrir el más desafortunado suceso. El señor Johnson ha dado con la manera más eficaz de atormentarnos a todos. Se ha enterado, imagino, por algún medio u otro, de que pronto estaríais en Londres, e inmediatamente se las ha ingeniado para sufrir un ataque de gota tan fuerte que debe aplazar su viaje a Bath, si no anularlo. Estoy convencida de que la gota se la provoca o se la hace desaparecer a voluntad; sucedió lo mismo cuando quise reunirme con los Hamilton para ir a los Lagos; y hace tres años, cuando era yo la que tenía ganas de ir a Bath, nada pudo inducirle a tener un solo síntoma de gota.

He recibido vuestra carta y, por lo tanto, os he reservado alojamiento. Me alegra saber que mi carta produjo tanto efecto en vos y que De Courcy es vuestro con toda certeza. Hacedme saber de vuestra llegada enseguida, y decidme en particular qué pretendéis hacer con Manwaring. Me resulta imposible deciros cuándo podré veros. Me hallaré muy limitada. Es un truco tan abominable, estar enfermo aquí en lugar de estarlo en Bath, que apenas puedo controlarme. En Bath, sus viejas tías le habrían cuidado, pero aquí todo lo tengo que hacer yo; y él soporta el dolor con tanta paciencia que no puedo utilizar la excusa habitual para perder los estribos.

Siempre vuestra,

Alicia



XXIX

Lady Susan Vernon a la señora Johnson

Upper Seymour Street

Mi querida Alicia:

Ya detestaba al señor Johnson sin necesidad de este último ataque de gota, pero ahora mi aversión hacia él es de una magnitud incalculable. ¡Tenerte confinada como una enfermera en su aposento! Mi querida Alicia, ¡qué error cometiste al casarte con un hombre de su edad!: lo bastante viejo para ser formal, indomable y padecer de gota; demasiado viejo para ser atractivo y demasiado joven para morir.

Llegué ayer hacia las cinco, y apenas había terminado de cenar cuando hizo su aparición Manwaring. No disimularé el auténtico placer que sentí al verle, ni el fuerte contraste que percibí entre su persona y sus modales y los de Reginald, con infinita desventaja de este último. Todavía pasé una o dos horas dudando de mi decisión de casarme con él, y aunque era una idea demasiado infructuosa y disparatada para permanecer mucho tiempo en mi cabeza, no me siento con muchas ganas de resolver la cuestión de mi matrimonio, ni espero con mucha impaciencia el momento en que Reginald, según lo que acordamos, llegue a la ciudad. Probablemente haré que retrase su llegada con alguna excusa u otra. No debe venir hasta que Manwaring se haya marchado.

Hay momentos en que todavía tengo dudas respecto a casarme. Si el anciano muriera, no vacilaría; pero depender del capricho de *sir* Reginald no encaja con mi espíritu libre; y si decido esperar a que eso ocurra, en estos momentos tengo excusa suficiente, puesto que apenas hace diez meses que me quedé viuda.

No le he insinuado mis intenciones a Manwaring, ni le he permitido pensar que mi amistad con Reginald es algo más que un vulgar coqueteo, por lo que está tolerablemente calmado. *Adieu*, hasta la vista. Mi alojamiento me ha encantado.

Siempre vuestra,

S. Vernon

Lady Susan Vernon al señor De Courcy

Upper Seymour Street

He recibido vuestra carta, y aunque no tengo intención de ocultar que me complace vuestra impaciencia por reuniros conmigo, me hallo sin embargo en la necesidad de aplazar ese momento más tiempo del que habíamos fijado en un principio. No me juzguéis desconsiderada por semejante ejercicio de mi poder, ni me acuséis de inestable, sin antes conocer mis motivos. En el transcurso de mi viaje de regreso de Churchill, tuve tiempo abundante para reflexionar sobre el estado en que se encuentra actualmente nuestra relación, y ese análisis ha servido para convencerme de que hasta el momento hemos dedicado poca atención a nuestra conducta, la cual debe ser delicada y precavida. Nuestros sentimientos nos han impulsado a precipitarnos de un modo que no coincide con las ideas de nuestros amigos ni con la opinión del mundo. Nos hemos comprometido con prisas sin protegernos, pero no debemos llevar a término esa imprudencia ratificando ese compromiso mientras existan tantos motivos para temer que nuestra relación sería recibida con la oposición de las personas de las que dependéis.

No tenemos que reprocharle a vuestro padre sus expectativas de un matrimonio ventajoso para vos; cuando las posesiones de una familia son tan cuantiosas como las de la vuestra, el deseo de incrementarlas, si no estrictamente razonable, es demasiado corriente para suscitar sorpresa o resentimiento. Tiene derecho a exigir una mujer con fortuna como nuera, y a veces me regaño a mí misma por haber permitido que establecierais una relación tan imprudente conmigo. Pero los que sienten como yo a menudo reconocen demasiado tarde la influencia de la razón.

Hace pocos meses que me quedé viuda, y por poco que me deba a la memoria de mi esposo por la felicidad que me pudo proporcionar durante los años que duró nuestra unión, no puedo dejar de pensar que la poca delicadeza de un segundo matrimonio tan temprano me sometería, con toda seguridad, a la censura del mundo y causaría, lo cual sería todavía más insoportable para mí, un gran disgusto al señor Vernon. Con el tiempo tal vez me endurecería contra la injusticia de los reproches en general, pero la pérdida de su valiosa estima, como bien sabéis, me resultaría difícil de soportar; y si a esto le añadimos la conciencia de haberos perjudicado a vos y a vuestra familia, ¿cómo iba a resistirlo? Con sentimientos tan pesarosos como los míos, la convicción de haber separado de sus padres al hijo me haría, incluso estando con vos, el ser más desdichado.

Por lo tanto, será sin duda aconsejable aplazar nuestra unión hasta que las perspectivas sean más satisfactorias, hasta que las circunstancias den un vuelco más favorable. Creo que para que esta decisión nos resulte más fácil será preciso separarnos. No debemos vernos. Por cruel que parezca esta frase, la necesidad de pronunciarla, que sólo puedo aceptar a la fuerza, os resultará evidente cuando hayáis considerado nuestra situación a la luz a la que yo me he encontrado imperiosamente obligada a situarla. Podéis estar seguro —debéis estarlo— de que sólo el mayor convencimiento del deber podría inducirme a herir mis propios sentimientos instando a una prolongada separación, y no creo que sospechéis que soy insensible a los vuestros. Repito, por lo tanto, que no deberíamos, no debemos reunirnos todavía. Permaneciendo separados unos meses tranquilizaremos los fraternales temores de la señora Vernon, quien, acostumbrada a disfrutar de la riqueza, considera necesaria para todos la fortuna, y cuya sensibilidad no alcanza a comprender las nuestras.

Dadme noticias vuestras pronto, muy pronto. Decidme que aceptáis mis argumentos y que no me los reprocháis. No soporto los reproches. Mi ánimo no es tan elevado como para ser reprimido. Debo esforzarme para buscar diversión fuera, y por suerte muchos de mis amigos se encuentran en la ciudad, entre ellos los Manwaring. Ya conocéis la sincera estima que siento por los dos, marido y esposa.

Vuestra siempre fiel,

S. Vernon

XXXI

Lady Susan a la señora Johnson

Upper Seymour Street

Mi querida amiga:

La criatura que me atormenta, Reginald, se encuentra aquí. Mi carta, que pretendía mantenerle más tiempo en el campo, le ha apremiado a venir a la ciudad. Sin embargo, por mucho que deseo que esté lejos, no puedo por menos de sentirme complacida por semejante prueba de cariño. Está entregado a mí en cuerpo y alma. Él mismo os dará esta nota, que servirá de presentación, ya que ansía conoceros. Permitidle pasar la velada con vos, para no correr el riesgo de que regrese aquí. Le he dicho que no me encuentro muy bien y que debo estar sola, y si volviera de nuevo podría producirse alguna confusión, pues es imposible confiar en la servidumbre. Por lo tanto, retenedle en Edward Street, os lo ruego. No os resultará una visita pesada, y os doy permiso para coquetear con él tanto como deseéis. Al mismo tiempo, no olvidéis lo que de verdad me interesa; decidle todo lo que se os ocurra para convencerle de que me sentiré muy mal si se queda aquí; vos conocéis mis razones; la rectitud y todo eso. Yo misma insistiría en ellas, pero estoy impaciente por deshacerme de él, ya que Manwaring llegará dentro de media hora. *Adieu.*

S. V.

XXXII

La señora Johnson a lady Susan

Edward Street

Mi querida criatura:

Estoy pasando una agonía y no sé qué hacer ni qué podéis hacer vos. Ha llegado el señor De Courcy, precisamente cuando no debería haberlo hecho. La señora Manwaring acababa de entrar en casa y se había presentado ante su tutor, aunque no lo he sabido hasta después, ya que me hallaba ausente cuando han llegado ella y Reginald, de lo contrario a él le habría hecho salir a toda costa; pero ella se encontraba encerrada con el señor Johnson mientras él me esperaba a mí en la sala de estar. Ella llegó ayer en busca de su esposo, pero tal vez ya os lo ha contado él mismo. Vino a esta casa para pedirle a mi esposo que intercediera y, antes de poder darme cuenta, él ya sabía todo lo que podíais desear que desconociera; y, lamentablemente, ella había sonsacado del criado de Manwaring que éste os había visitado cada día desde que estáis en la ciudad, ¡y ella misma acababa de verle llegar a vuestra puerta! ¿Qué podía hacer yo? ¡Los hechos son cosas tan horribles! A estas horas, De Courcy, que se encuentra a solas con el señor Johnson, lo sabe todo. No me acuséis a mí; en realidad, ha sido imposible evitarlo. El señor Johnson sospechaba desde hace algún tiempo que De Courcy tenía intención de casarse con vos, y ha querido hablar a solas con él en cuanto ha sabido que se encontraba en casa.

Esa detestable señora Manwaring, quien, para vuestra tranquilidad, os diré que está más delgada y más fea que nunca, sigue aquí, y han estado encerrados juntos. ¿Qué podemos hacer? Si Manwaring se encuentra ahora con vos, será mejor que se marche.

Con ansiosos deseos, atentamente vuestra,

Alicia

XXXIII

Lady Susan a la señora Johnson

Upper Seymour Street

Este *éclaircissement* es bastante irritante. ¡Qué mala suerte que no os hallarais en casa! Estaba segura de que a las siete estaríais allí. Sin embargo, no he caído en el desánimo. No os atormentéis con temores que me corresponden a mí. Estad segura de que puedo inventar una buena historia para contar a Reginald. Manwaring acaba de marcharse; ¡me ha traído la noticia de la llegada de su esposa! Qué mujer tan boba, ¿qué espera con esas maniobras? No obstante, ojalá se hubiera quedado tranquilamente en Langford. Reginald al principio se enfurecerá un poco, pero mañana a la hora de la cena todo habrá vuelto a la normalidad.

Adieu.

S. V.

XXXIV

El señor De Courcy a lady Susan

Hotel

Os escribo sólo para despedirme. El encanto se ha evaporado. Os veo tal como sois. Ayer, al separarnos, una persona de indiscutible autoridad me contó una historia sobre vos que me obliga al más mortificante convencimiento del engaño bajo el que me he hallado y la absoluta necesidad de una inmediata y eterna separación de vos. No podéis dudar de la situación a la que me refiero: Langford; Langford, esta palabra será suficiente. Me dio esta información la propia señora Manwaring, en casa del señor Johnson.

Sabéis cuánto os he amado, por lo que podéis juzgar con detalle cuáles son mis actuales sentimientos; pero no soy tan débil como para recrearme describiéndoselos a una mujer que se enorgullecerá de haber provocado mi desazón, aunque no ha sido capaz de ganarse mi afecto.

R. de Courcy



Lady Susan al señor De Courcy

Upper Seymour Street

No trataré de describir mi asombro al leer vuestra nota, que acabo de recibir. Estoy confusa y me esfuerzo por conjeturar algo razonable que la señora Manwaring pueda haberos contado para provocar un cambio tan extraordinario en vuestros sentimientos. ¿No os he dado explicaciones de todo lo que pudiera arrojar alguna duda sobre mi persona y que la naturaleza malévolas del mundo hubiera interpretado en mi descrédito? ¿Qué habéis podido saber ahora para que vuestra estima hacia mí se tambalee de ese modo? ¿Alguna vez os he ocultado algo? Reginald, me perturbáis hasta lo indecible. No puedo suponer que la vieja historia de los celos de la señora Manwaring reviva de nuevo, ni mucho menos que sea escuchada de nuevo. Volved conmigo de inmediato, y explicadme lo que ahora es absolutamente incomprensible. Creedme, la palabra Langford por sí sola no contiene tanta información como para no necesitar más detalles. Si hemos de separarnos, al menos sed bueno y despedíos personalmente. Pero tengo pocas ganas de bromear; en verdad hablo en serio... pues haber perdido vuestra estima, aunque sólo sea una hora, es una humillación a la que no sé someterme. Contaré cada instante hasta que lleguéis.

S. V.

XXXVI

El señor De Courcy a lady Susan

Hotel

¿Por qué me escribís? ¿Por qué me pedís detalles? Pero puesto que debe ser así, me veo obligado a manifestar que todo lo que me habían contado de vuestra mala conducta mientras vivió el señor Vernon y desde su muerte, todas las historias que han llegado a mis oídos, igual que a todo el mundo en general, y que yo creía por completo antes de conocerlos, pero que vos, ejerciendo vuestras perversas habilidades me hicisteis creer que no eran ciertas, me han sido demostradas de forma irrefutable. Lo que es más, estoy seguro de que ha existido durante algún tiempo, y sigue existiendo, una relación, de la que jamás he albergado la más mínima sospecha, entre vos y el hombre a cuya familia despojasteis de la paz de que gozaba, a cambio de la hospitalidad con que fuisteis recibida en ella. Que habéis mantenido correspondencia con él de forma ininterrumpida desde que os marchasteis de Langford —no con su esposa, sino con él— y que ahora os visita a diario. ¿Os atrevéis a negarlo? ¡Y todo ello mientras me provocabais y me aceptabais como amante! ¡De la que me he librado! Sólo puedo dar gracias. Mi propia necedad me ha puesto en peligro, y si sigo con vida se lo debo a la bondad y a la integridad de otra persona. Pero la desdichada señora Manwaring, cuya desesperación mientras me relataba lo sucedido en el pasado parecía amenazar su cordura, ¿cómo puede ella hallar consuelo?

Después de descubrir todo esto, no os extrañará mi intención de despedirme de vos. He recuperado plenamente el entendimiento, y éste me muestra tanto la repulsión que me producen las artimañas con que me subyugasteis como el desprecio por mí mismo por la debilidad sobre la que su fuerza se basaba.

R. de Courcy

XXXVII

Lady Susan al señor De Courcy

Upper Seymour Street

Estoy satisfecha, y cuando os haya enviado estas líneas no os molestaré más. El compromiso que tan impaciente estabais por formalizar hace quince días ya no es compatible con vuestras opiniones, y me alegra saber que el prudente consejo que vuestros padres os dieron no fue en vano. No me cabe duda de que después de este acto de filial obediencia recuperaréis la paz, y me felicito a mí misma con la esperanza de sobrevivir a la parte de decepción que me corresponde.

S. V.

XXXVIII

La señora Johnson a lady Susan Vernon

Edward Street

Me aflige, aunque no me sorprende, vuestra ruptura con el señor De Courcy; acaba de informar de ello al señor Johnson por carta. Dice que se marcha de Londres hoy mismo. Podéis estar segura de que comparto vuestros sentimientos, y no os enfadéis si os digo que pronto deberá cesar nuestro contacto, incluso por carta. Esto me produce tristeza, pero el señor Johnson jura que si sigo manteniendo mi relación con vos, él se instalará en el campo para pasar allí el resto de su vida, y ya sabéis que es imposible aceptar este extremo si existe cualquier otra alternativa.

Os habréis enterado, por supuesto, de que los Manwaring van a separarse; me temo que la señora M. volverá a nuestra casa. Pero ella sigue amando tanto a su marido y se preocupa tanto por él que tal vez no viva mucho tiempo.

La señorita Manwaring acaba de llegar a la ciudad para estar con su tía, y dicen que ha declarado que *sir* James Martin volverá a ser suyo antes de partir de nuevo de Londres. Si yo estuviera en vuestro lugar, no dudaría en cazarle para mí. Casi había olvidado daros mi opinión de De Courcy: estoy realmente encantada con él; le encuentro tan guapo como Manwaring, y posee una actitud tan abierta y tan buen humor que una no puede por menos de amarle desde el primer instante. El señor Johnson y él se han hecho los mejores amigos del mundo. *Adieu*, mi queridísima Susan, me gustaría que las cosas no hubieran ido tan mal. ¡Aquella desafortunada visita a Langford! Pero me atrevo a deciros que todo fue para bien, y nadie escapa al destino.

Vuestra con sincero cariño,

Alicia

XXXIX

Lady Susan a la señora Johnson

Upper Seymour Street

Mi querida Alicia:

Me rindo a la necesidad que nos separa. Dadas las circunstancias, no podríais actuar de otra manera. Nuestra amistad no puede verse perjudicada por ello, y en tiempos más felices, cuando os halléis en una situación independiente como la mía, estaremos de nuevo tan unidas como siempre. Lo espero con impaciencia; y, entretanto, puedo aseguraros que nunca me he encontrado mejor o más satisfecha de mí misma y de todo lo relacionado conmigo que en estos momentos. Aborrezco a vuestro esposo, desprecio a Reginald y estoy segura de que jamás volveré a ver a ninguno de los dos. ¿No tengo motivos para regocijarme? Manwaring me dedica más atención que nunca, y si fuera libre, dudo que pudiera resistirme incluso al matrimonio si me lo propusiera. Acelerar este acontecimiento, si su esposa vive con vos, puede estar en vuestras manos. Sus vehementes sentimientos, que deben de consumirla, fácilmente pueden mantenerse en estado de irritación. Cuento con vuestra amistad para ello. Ahora me alegro de no haber llegado a casarme con Reginald; y estoy asimismo decidida a que Frederica jamás lo haga. Mañana iré a recogerla a Churchill, y que Maria Manwaring tiemble ante las consecuencias. Frederica será la esposa de *sir* James antes de marcharse de mi casa. Ya puede gimotear y los Vernon pueden atronar; me tiene sin cuidado. Estoy harta de someter mi voluntad a los caprichos de los demás, de abandonar mi criterio en atención a otros con quienes no tengo ninguna obligación y hacia los que no siento ningún respeto. He cedido mucho, he sido muy fácil de manipular; pero ahora Frederica notará la diferencia.

Adieu, mi más querida amiga. Que el próximo ataque de gota sea más favorable. Y que siempre me consideréis invariablemente vuestra,

S. Vernon



XL

Lady De Courcy a la señora Vernon

Parklands

Mi querida Catherine:

Tengo noticias estupendas para ti, y si no hubiera enviado mi carta esta mañana te habrías podido ahorrar el disgusto de saber que Reginald se había ido a la ciudad, pues ha regresado. Reginald ha regresado, no para pedir nuestro consentimiento para casarse con *lady* Susan, ¡sino para decirnos que se han separado para siempre! Sólo ha estado en casa una hora, y no he podido enterarme de los detalles, pues se encuentra tan abatido que no he tenido corazón para hacerle preguntas; pero espero saberlo todo muy pronto. Éste es el momento más feliz que jamás nos ha proporcionado desde el día en que nació. No nos falta nada, sólo que tú estés aquí, y lo que deseamos y te pedimos en particular es que vengas tan pronto como te sea posible. Hace muchas semanas que nos debes una visita. Espero que el señor Vernon no tenga ningún inconveniente, y te ruego que traigas a todos mis nietos, y tu querida sobrina está incluida, por supuesto; tengo muchas ganas de verla. Hasta ahora el invierno ha sido triste y pesado, sin Reginald y sin ver a nadie de Churchill; hasta ahora esta estación nunca se me había hecho tan monótona, pero este feliz encuentro nos rejuvenecerá. Pienso mucho en Frederica, y cuando Reginald haya recuperado su habitual buen humor (como confío que pronto hará) intentaremos robarle de nuevo el corazón, y tengo grandes esperanzas de ver sus manos unidas dentro de poco.

Con afecto, tu madre,

C. de Courcy

XLI

La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

Mi querida madre:

Vuestra carta me ha sorprendido sobremanera. ¿Puede ser cierto que realmente se hayan separado... y para siempre? Me llenaría de gozo si me atreviera a confiar en ello, pero después de todo lo que he visto, ¿cómo puedo estar segura? ¡Y Reginald de verdad con vos! Mi sorpresa es mayor porque el miércoles, el mismo día en que vino a Parklands, recibimos la inesperada y poco grata visita de *lady* Susan, toda alegría y buen humor, con más aspecto de ir a casarse con él a su regreso a la ciudad que de haberse separado de él para siempre. Se quedó casi dos horas, estuvo más afectuosa y agradable que nunca, y no soltó ni una sílaba, ni una insinuación de que hubiera alguna diferencia o frialdad entre ellos. Le pregunté si había visto a mi hermano desde su llegada a la ciudad —sin tener, como podéis suponer, ninguna duda al respecto—, pero sólo para ver la cara que ponía. Respondió de inmediato, sin rubor alguno, que él había tenido la gentileza de visitarla el lunes, pero que creía que ya había regresado a su casa, lo cual estuve muy lejos de creerme.

Aceptamos con placer vuestra amable invitación, y el próximo martes estaremos todos con vos. ¡Roguemos al cielo para que Reginald ya no esté de nuevo en la ciudad!

Ojalá pudiéramos llevar con nosotros también a nuestra querida Frederica, pero lamento comunicaros que el motivo que trajo aquí a su madre era llevársela; y, por desdichada que ello hiciera a la pobre muchacha, fue imposible impedirlo. Yo estaba absolutamente en contra de dejarla marchar, así como su tío, y apelamos a todo lo que se podía apelar. Pero *lady* Susan declaró que, como ahora estaba a punto de establecerse en la ciudad para pasar varios meses, no se sentiría a gusto si su hija no estaba con ella, para estudiar, etcétera. En realidad, su actitud fue muy amable y correcta, y el señor Vernon cree que ahora tratará a Frederica con afecto. ¡Ojalá pudiera yo pensar lo mismo!

La pobre muchacha tenía una expresión muy triste cuando se despidió de nosotros. Le pedí que me escribiera a menudo, y que recordara que si alguna vez se sentía afligida, siempre podía contar con nuestra amistad. Procuré encontrar un momento para hablar a solas con ella y decirle todo esto, y espero haberle dado un poco de consuelo. Pero no estaré tranquila hasta que vaya a la ciudad y vea la

situación con mis propios ojos.

Ojalá hubiera mejores perspectivas de las que ahora parece haber de la pareja cuyas esperanzas expresáis al final de vuestra carta.

Catherine Vernon

CONCLUSIÓN

Esta correspondencia, debido al encuentro entre algunas de las partes y la separación de otras, no pudo proseguir durante mucho más tiempo, en gran detrimento de los ingresos de Correos. Muy poca ayuda al Estado pudo derivar del intercambio epistolar de la señora Vernon y su sobrina, pues la primera pronto percibió, por el estilo de las cartas de Frederica, que estaban escritas bajo la supervisión de su madre y, por lo tanto, aplazó las preguntas íntimas para cuando pudiera hacérselas personalmente en la ciudad, hasta que dejaron de escribirse con detalle o a menudo.

Entretanto, tras haber sabido lo suficiente de su honesto hermano, de lo que había sucedido entre éste y *lady* Susan para que su opinión de esta última fuese peor que nunca, estaba proporcionalmente más deseosa de separar a Frederica de semejante madre y de tenerla a su cuidado; y, aunque con pocas esperanzas de éxito, estaba decidida a intentar todo lo que fuera posible para tener la oportunidad de obtener el consentimiento de su cuñada para ello. Su inquietud sobre el asunto le hizo insistir en ir pronto a visitarlas a Londres, y el señor Vernon, quien, como el lector ya se habrá dado cuenta, vivía sólo para hacer lo que se deseaba de él, pronto encontró un asunto conveniente que le reclamaba allí. Con el corazón cargado de cosas que decir sobre el tema, la señora Vernon visitó a *lady* Susan poco después de llegar a la ciudad, y ésta la recibió con tan sencillo y alegre afecto que estuvo a punto de apartarse de ella con horror. Ningún recuerdo de Reginald, ningún sentimiento de culpa, ni asomo de turbación. Se hallaba de excelente humor y parecía impaciente por mostrar de inmediato, mediante todas las atenciones posibles a su hermano y hermana, su sentido de la amabilidad y el placer que le producía su compañía.

Frederica no se mostró más cambiada que *lady* Susan; la misma actitud contenida, la misma expresión tímida en presencia de su madre de siempre confirmaron a su tía que su situación era incómoda y la reafirmaron en su plan de cambiarla. Sin embargo, *lady* Susan se comportó con absoluta amabilidad. El asunto de *sir* James había concluido; apenas si mencionó su nombre para decir que no se hallaba en Londres, y durante toda la conversación se mostró preocupada sólo por el bienestar y el perfeccionamiento de su hija, reconociendo, con agradecido placer, que ahora Frederica era cada vez más lo que una madre puede desear.

La señora Vernon, sorprendida e incrédula, no sabía qué sospechar, y, sin alterar sus objetivos, sólo temía tener más dificultades para llevarlos a la práctica. La primera esperanza de algo mejor surgió al preguntarle *lady* Susan si le parecía que Frederica tenía tan buen aspecto como cuando se encontraba en Churchill, pues debía confesar que a veces dudaba con preocupación de si Londres le sentaba bien.

La señora Vernon avivó la llama de la duda y propuso directamente que su sobrina regresase con ellos al campo. *Lady* Susan no sabía cómo expresar cuánto

apreciaba semejante gentileza; sin embargo, por diversas razones, le costaba separarse de su hija y, aunque todavía no tenía elaborados sus planes, confiaba en que en poco tiempo podría llevar ella misma a Frederica al campo, por lo que acabó por rechazar por completo semejante atención sin igual. La señora Vernon, no obstante, perseveró en el ofrecimiento y, aunque *lady* Susan siguió resistiéndose, en el transcurso de algunos días pareció que su resistencia se debilitaba un poco.

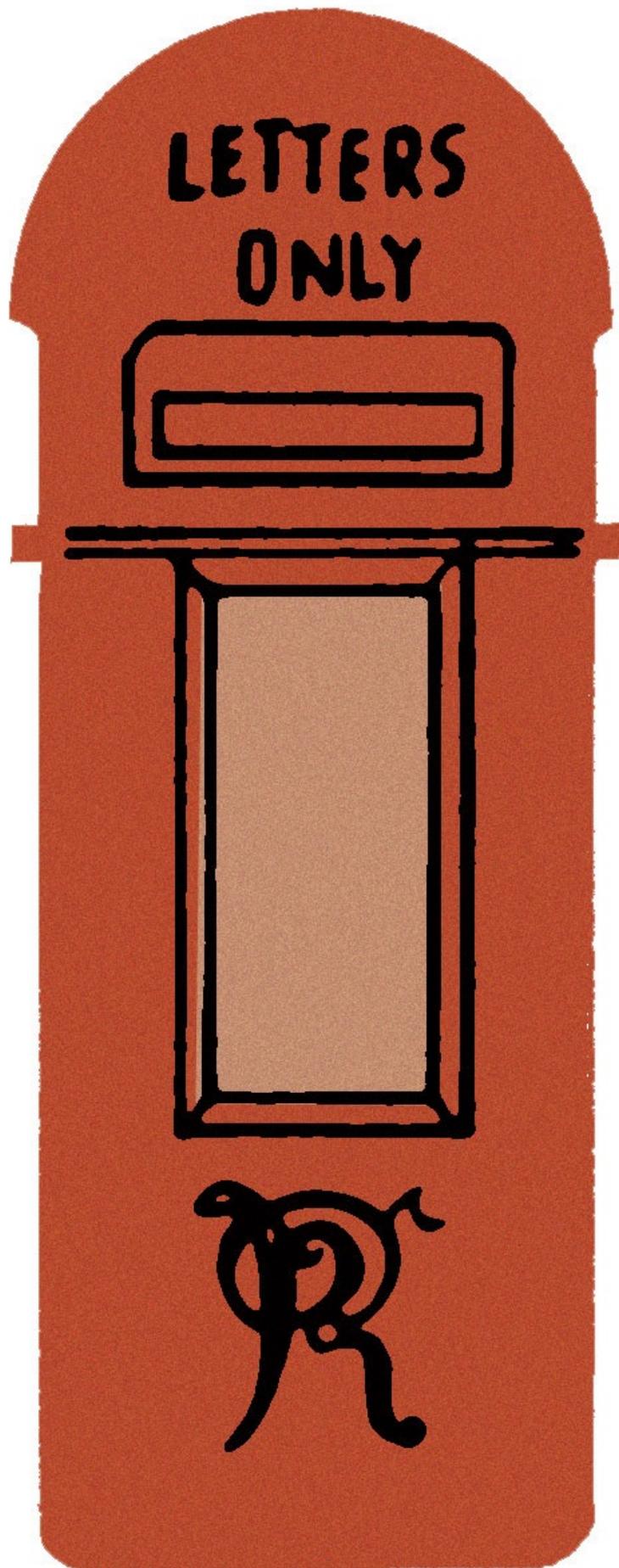
La afortunada alarma de que se había declarado una epidemia de gripe decidió lo que tal vez no se hubiera decidido tan pronto. Los temores maternos de *lady* Susan para entonces se habían despertado lo suficiente para no pensar en otra cosa que no fuera apartar a Frederica del riesgo de contagiarse. Lo que más miedo le producía, por encima de todas las dolencias del mundo, era la gripe, debido a la constitución de su hija. Frederica regresó a Churchill con sus tíos y, tres semanas después, *lady* Susan anunció que se había casado con *sir* James Martin.

La señora Vernon se convenció entonces de lo que antes sólo sospechaba: que podía haberse ahorrado la molestia de acelerar una separación que *lady* Susan sin duda ya tenía decidida desde el principio. La visita de Frederica inicialmente era para seis semanas; pero su madre, aunque la invitó a regresar en una o dos afectuosas cartas, se mostró muy dispuesta a condescender ante todo el grupo para que su estancia se prolongara, y en el transcurso de dos meses dejó de hablar de su ausencia en sus cartas y, al cabo de otros dos o más, dejó de escribirle por completo.

En consecuencia, Frederica se quedó a vivir con sus tíos hasta que llegara el momento en que se pudiera hablar con Reginald de Courcy, adularle y lograr con astucia que le tomara afecto, lo cual, contando el tiempo necesario para que superara su apego a su madre, su negativa a una futura relación y su aversión al sexo, podría tardar razonablemente unos doce meses. En general, tres meses habrían sido suficientes, pero los sentimientos de Reginald no eran menos duraderos que fuertes.

Si *lady* Susan fue o no feliz con su segunda elección no veo cómo se podrá saber jamás, pues ¿quién la creería si asegurara una u otra cosa? El mundo debe juzgar según crea probable; no tenía nada contra ella, salvo a su esposo y su conciencia.

Puede parecer que *sir* James tuvo un destino más duro del que la simple necesidad merecía. Le dejó, por lo tanto, a merced de toda la lástima que se quiera sentir por él. En cuanto a mí, confieso que sólo puedo sentir lástima por la señorita Manwaring, quien, al ir a la ciudad se quedó empobrecida durante dos años debido a la cantidad de dinero que tuvo que gastar en ropa, con el fin de conquistarle, y vio truncados sus planes por una mujer diez años mayor que ella.



Esta novela epistolar, escrita probablemente en 1794, narra los planes de la protagonista, la recientemente viuda lady Susan, para encontrar un nuevo marido, a la vez que intenta casar a su hija de dieciséis años.

Austen se sirve de este género para construir una obra en donde las distintas cartas se engarzan como piezas de un rompecabezas hasta completar ante los ojos del lector una historia de pequeñas intrigas. La obra subvierte todas las normas de la novela romántica: lady Susan tiene un papel activo; no sólo es hermosa, sino también inteligente e ingeniosa, y sus pretendientes son significativamente más jóvenes que ella.

«Hay escritores que nos gustan, escritores a los que admiramos y escritores a los que quisimos desde el primer párrafo del primer libro suyo que nos tuvo entre sus manos. Escritores entrañables cuyas historias se vuelven parte de las nuestras. Jane Austen es una de ellos.»

Ángeles Mastretta, *El País*





JANE AUSTEN (Steventon, 1775-Winchester, 1817). Novelista británica. Séptima hija de una familia de ocho hermanos, su padre se encargó personalmente de su educación. En 1801, los Austen se trasladaron a Bath y luego a Chawton, un pueblo de Hampshire, donde la escritora redactó la mayoría de sus novelas. Apacible, sereno y equilibrado es su modo de escribir, y describe con sutil ironía el ambiente de la clase alta rural del sur de Inglaterra. El interés de sus obras reside en los diferentes matices psicológicos de sus personajes, y en la descripción, con una buena dosis de crítica, del ambiente social en que sitúa a sus protagonistas, que no es otro que el suyo propio, el de la burguesía acomodada.